



**El secreto
admirable
del
Santísimo
Rosario**

**San Luis María
Grignion de Monfort**

Luis María Grignion de Monfort

**EL SECRETO ADMIRABLE
DEL SANTÍSIMO ROSARIO**
para convertirse y salvarse

PRESENTACIÓN

A lo largo de toda su experiencia cristiana y de la vida sacerdotal de Luis María, el Rosario fue un elemento fundamental para su santificación personal y su apostolado misionero. La gente de su tiempo le llamaba cariñosamente el Padre del gran rosario y uno de los títulos con que ha sido glorificado en el mundo entero es el de Apóstol y gran predicador de la Cruz y del Rosario.

En sus actividades misioneras, dedicadas preferencialmente a los pobres y sencillos del campo, para “renovar el espíritu del cristianismo entre los cristianos”, Montfort busca una forma de conseguir la perfección y descubre que “todo se reduce a encontrar un medio sencillo para alcanzar de Dios la gracia necesaria para hacernos santos. Y para encontrar la gracia hay que encontrar a María” (SM 6). Ese medio maravilloso y sencillo es el Rosario, que practicó y difundió en todas sus misiones: “He podido constatar una enorme diferencia de costumbres entre las poblaciones donde di misiones: unas por haber abandonado la práctica del rosario, volvieron a caer en las malas costumbres; otras, por haber perseverado en rezarlo, se mantuvieron en gracia de Dios y progresaron día a día en la virtud” (SAR 113).

A sus misioneros también les pide que establezcan con todas sus fuerzas la maravillosa devoción del rosario como camino de conversión, de santificación y de perseverancia tanto para ellos como para los fieles a cuya evangelización y renovación cristiana son enviados. “Este es uno de los mejores secretos venidos del cielo para irrigar los corazones con celestial rocío y hacer que produzcan los frutos de la Palabra de Dios, como lo demuestra la experiencia cotidiana” (RM 57).

Comparada con ASE, VD y SM, ésta, dedicada al conocimiento y difusión del santo Rosario, es la menos personal y original del autor porque en gran parte es una reducción del extenso libro de 400 páginas del dominico Antonino Thomas, intitulado *El rosal místico*, cuya segunda edición fue publicada en 1683.

Los primeros números del opúsculo que Montfort organizó para servicio de la misión y renovación de la vida cristiana, revelan los destinatarios a quienes estaba dedicado: los sacerdotes, los pecadores, las personas místicas o de vida espiritual más avanzada, y los niños. Todos pueden aprovechar este admirable secreto de santidad. Niños son todos los que comienzan a recitar el rosario. Cuando habla de los pecadores, Luis María se considera el más grande de ellos. Al interrogante de que el rosario pudiese retardar el vuelo de las personas místicas, responde; “Si llegas a consultar a ciertas personas de oración, dado que no conocen por experiencia personal las excelencias del rosario, no sólo no lo aconsejarán a nadie, sino que alejarán de él a los demás, invitándolos para que se dediquen a la contemplación, como si el rosario y la contemplación fueran incompatibles; y como si tantos santos que han sido devotos del rosario no hubieran llegado a la más sublime contemplación” (SAR 149).

Los sacerdotes son quienes mejor pueden promover el rosario: “Qué felicidad la del sacerdote y director de almas a quien el Espíritu Santo haya revelado este secreto, desconocido de la mayoría de los hombres o sólo conocido superficialmente por ellos. No nos contentemos pues, queridos hermanos, con recomendar a los demás el rezo del rosario. Tenemos que rezarlo nosotros mismos” (SAR 1-2).

Para motivar a sus lectores, Montfort presenta el origen maravilloso de esta devoción mariana y lo ilustra con milagros y acontecimientos admirables de su historia y desarrollo. Aduce numerosos textos de la Sagrada Escritura y de muy probados autores de su tiempo, entre ellos los dominicos Alain de La Roche y Antonino Thomas, en cuyo Rosal Místico se inspiró ampliamente San Luis María.

Sin embargo, la fuerza inspiradora del Secreto Admirable del Santísimo Rosario pasa toda a través de la experiencia que Montfort mismo vivió en la práctica personal de ese secreto de santidad y por el contacto con las personas en las cuales suscitó tan maravillosa forma de piedad. Su testimonio sobre el valor misionero y la eficacia pastoral del rosario es claro y explícito: “Aprendí, por experiencia personal, la eficacia de esta oración para convertir los corazones más endurecidos. He encontrado personas a quienes no conmovía la predicación de las verdades más tremendas realizada durante la misión. Por consejo mío, adquirieron la costumbre de rezar diariamente el rosario, y así se convirtieron y consagraron totalmente a Dios”: SAR 113.

En las páginas mejor logradas de la obra que se calcula terminó de organizar hacia el final de su vida, San Luis María

— presenta el elemento interior del rosario, es decir, la meditación de los misterios de la redención, sin la cual el rosario sería un cuerpo sin alma: SAR 61;

— describe las objeciones comúnmente formuladas en contra del rezo del rosario: SAR 148;

— resalta el carácter comunitario de esta oración: SAR 131132;

— ofrece el comentario espiritual del Padre Nuestro y del Ave María: SAR 39-40; 67-58;

— propone las disposiciones interiores indispensables para que el rosario sea una auténtica oración: SAR 116-126.

Sin considerar el rosario como una práctica obligada de devoción, San Luis María ayuda al cristiano a descubrir el significado y los valores del mismo, de manera que se vea animado a experimentarlo personalmente. En efecto, la actual conciencia eclesial ha madurado la convicción de que “el rosario es una oración excelente, pero el fiel debe sentirse libre, atraído a rezarlo, en serena tranquilidad, por la intrínseca belleza del mismo” (*Marialis Cultus* 55). Un elemento facilitador son los diversos métodos de rezar el rosario: cinco propuestos por Montfort, y hoy muchos otros apropiados, en los pueblos de las Américas y el Caribe. “Exhorto, en fin, a todas las personas consagradas a que renueven cotidianamente, según las propias tradiciones, su unión espiritual con la Virgen María, recorriendo con ella los misterios del Hijo, particularmente con el rezo del Santo Rosario” (Juan Pablo II, *Vida Consagrada*, 95). (Pues) “la relación filial con María es el camino privilegiado para la fidelidad a la vocación recibida y una ayuda efficacísima para avanzar en ella y vivirla en plenitud” (Juan Pablo II, *Id. V.C.* 28).

ÍNDICE

Presentación.....	2
Dedicatoria del autor.....	7
Primera decena.....	13
Excelencia del Rosario, manifestada por su origen y su nombre.....	13
Segunda decena.....	28
Excelencia del Rosario, manifestada por las oraciones que lo componen.....	28
Tercera decena.....	46
Excelencia del Santo Rosario, manifestada por la meditación de la vida y pasión de nuestro Señor Jesucristo.....	46
Cuarta decena.....	66
Excelencia del Santo Rosario manifestada por las maravillas que dios ha realizado en favor suyo.....	66
Quinta decena.....	78
Cómo rezar el rosario.....	78

EL SECRETO ADMIRABLE DEL SANTÍSIMO ROSARIO para convertirse y salvarse

DEDICATORIA DEL AUTOR

ROSA BLANCA

A los Sacerdotes¹.

1 Ministros del Altísimo, predicadores de la verdad, clarines del Evangelio: permítanme presentarles la rosa blanca de este librito para hacer entrar en sus corazones y en su boca las verdades expuestas en él sencillamente y sin artificio.

En el corazón, para que Uds., mismos abracen la práctica del Santo Rosario y saboreen sus frutos (SAR 1: a los sacerdotes).

En la boca, para que prediquen a los demás la excelencia de esta santa práctica y los atraigan a la conversión por medio de ella. No vayan a considerar esta práctica como insignificante y de escasas consecuencias. Así la miran el vulgo y aún muchos sabios orgullosos. Pero, en verdad, es grande, sublime y divina. El cielo nos la ha dado para convertir a los pecadores más endurecidos y a los herejes más obstinados. Dios vinculó a

¹ En el manuscrito, los primeros ocho números se hallan al final de la obra. Seguramente el Santo Misionero compuso su introducción, después de haber escrito su exposición sobre el Santo Rosario. Parece oportuno colocar esta introducción en su verdadero lugar.

ella la gracia en esta vida y la gloria del cielo. Los santos la han puesto en práctica y los sumos pontífices la han autorizado.

¡Oh! ¡Qué felicidad la del sacerdote y el director de almas a quienes el Espíritu Santo haya revelado este secreto desconocido de la mayoría de los hombres o sólo conocido superficialmente por ellos! Si obtienen su conocimiento práctico lo recitarán todos los días e impulsarán a los demás a recitarlo. Dios y su Madre santísima derramarán sobre ellos gracias abundantes a fin de que sean instrumentos de su gloria. Y Uds. lograrán más éxito con sus palabras, aunque sencillas, en un solo mes, que los demás predicadores en muchos años.

2 No nos contentemos, pues, queridos compañeros, con recomendar a otros el rezo del Rosario. Tenemos que rezarlo nosotros. Podremos estar intelectualmente convencidos de su excelencia, pero —si no lo practicamos— poco empeño pondrán los oyentes en aceptar nuestro consejo, porque nadie da lo que no tiene: *Comenzó Jesús a hacer y enseñar* (Hech 1,1). Imitemos a Jesucristo que empezó por hacer lo que enseñaba. Imitemos al Apóstol, que no conocía ni predicaba sino a Jesús crucificado.

Es lo que debemos hacer al predicar el Santo Rosario. Que —lo veremos más adelante— no es sólo una repetición de Padrenuestros y Avemarías, sino un compendio maravilloso de los misterios de la vida, pasión, muerte y gloria de Jesús y de María.

Si creyera que la experiencia que Dios me ha dado sobre la eficacia de la predicación del Santo Rosario para convertir las almas, les impulsara a Uds., a predicarlo —no obstante, la costumbre contraria de los predicadores— les contaría las maravillosas conversiones que he logrado con su predicación. Me contentaré, sin embargo, con relatar en este compendio algunas historias antiguas y comprobadas².

Para servicio suyo, he incluido también muchos pasajes latinos tomados de buenos autores, que prueban lo que explico al pueblo en lengua corriente³.

² Ver Décima Rosa, No. 33.

³ Para utilidad de nuestros lectores hemos preferido traducir directamente todos los textos latinos.

ROSA ENCARNADA

A los pecadores

3 A Uds., pobres pecadores, uno más pecador todavía les ofrece la rosa enrojecida con la sangre de Jesucristo, a fin de que florezcan y se salven. Los impíos y pecadores empedernidos gritan a diario: *Coronémonos de rosas* (Sab 2,8). Cantemos también nosotros: coronémonos con las rosas del Santo Rosario.

¡Ah! ¡Qué diferentes son sus rosas de las nuestras! Las suyas son los placeres carnales, los vanos honores y las riquezas perecederas, que pronto se marchitarán y consumirán. En cambio, las nuestras, es decir, nuestros Padrenuestros y Avemarías bien dichos unidos a nuestras buenas obras de penitencia, no se marchitarán, ni agotarán jamás y su brillo será de aquí a cien mil años tan vivo como en el presente.

Sus pretendidas rosas sólo tienen la apariencia de tales. En realidad, son solamente punzantes espinas durante su vida, a causa de los remordimientos de conciencia que los taladrarán a la hora de la muerte con el arrepentimiento y los quemarán durante toda la eternidad, a causa de la rabia y desesperación.

Si nuestras rosas tienen espinas, son las espinas de Jesucristo que El convierte en rosas. Nuestras espinas punzan, pero sólo por algún tiempo y ello para curarnos del pecado y darnos la salvación.

4 Coronémonos a porfía de estas rosas del paraíso, recitando todos los días un Rosario, es decir, las tres series de cinco misterios cada una o tres pequeñas diademas de flores o coronas:

1. Para honrar las tres coronas de Jesús y de María: la de la gracia de Jesús en la Encarnación, su corona de espinas durante la pasión y la de gloria en el cielo y la triple corona que María ha recibido en el cielo de la Santísima Trinidad.

2. Para recibir de Jesús y María tres coronas: la primera de méritos, durante la vida; la segunda, de paz en la hora de la muerte y la tercera, de gloria en el cielo.

Créanme que recibirán *la corona inmarcesible* (1Pe 5,4), que no se marchitará jamás, si se mantienen fieles en rezarlo devotamente hasta la

muerte, no obstante, la enormidad de sus pecados. Aunque estuvieran ya al borde del abismo, aunque estuvieran ya con un pie en el infierno, aunque hubieran vendido su alma al demonio como un mago, aunque fueran herejes tan endurecidos y obstinados como demonios, se convertirán tarde o temprano y se salvarán, siempre que —lo repito, y noten bien las palabras y términos de mi consejo— recen devotamente, todos los días hasta la muerte, el Santo Rosario con el fin de conocer la verdad y alcanzar la contrición y perdón de los pecados.

En esta obra hallarán muchas historias de pecadores convertidos por la eficacia del Rosario. ¡Léanlas y medítenlas!

Dios sólo.

ROSAL MÍSTICO

A las almas piadosas.

5 Almas piadosas e iluminadas por el Espíritu Santo, ciertamente no llevarán a mal que les ofrezca un pequeño rosal místico bajado del cielo para que lo planten en el jardín de sus almas. En nada perjudicará a las flores olorosas de su contemplación. Es muy perfumado y totalmente divino. No perturbará en lo más mínimo el orden de su jardín. Es muy puro y muy ordenado y todo lo encamina al orden y a la pureza. Alcanza altura tan prodigiosa y tan dilatada extensión, si se le riega y cultiva todos los días como conviene, que no sólo no estorba a las demás devociones, sino que las conserva y perfecciona. ¡Uds., que son almas espirituales, me comprenden claramente! Jesús y María con su vida, muerte y eternidad constituyen este rosal⁴.

6 Las hojas verdes de este rosal místico representan los misterios gozosos de Jesús y de María. Las espinas, los dolorosos. Y las flores, los gloriosos. Los capullos son la infancia de Jesús y de María, las rosas entreabiertas representan a Jesús y María en sus dolores. Y las totalmente abiertas muestran a Jesús y María en su gloria y en su triunfo.

⁴ La división tripartita de los quince misterios, basada en la realidad de los hechos aparece también sugerida en la enunciación del “Kerigma” o anuncio inicial sobre Jesús (Ver, por ejemplo, Hech 2,22-36).

La rosa alegra con su hermosura: ahí están Jesús y María en los misterios gozosos. Punza con sus espinas: ahí están Jesús y María en los misterios dolorosos. Regocija con la suavidad de su perfume: ahí están Jesús y María en los misterios gloriosos.

No desprecien, pues, mi rosal alegre y maravilloso. Siémbrenlo en su alma, tomando la resolución de rezar el Rosario. Cultívenlo y riéguenlo, recitándolo fielmente todos los días y obrando el bien. Contemplan cómo el grano que ahora parece tan pequeño, se convertirá con el tiempo en un gran árbol en el que las aves del cielo —es decir, las almas predestinadas y elevadas en contemplación— pondrán su nido y morada para guarecerse a la sombra de sus hojas de los ardores del sol, preservarse en su altura de las fieras de la tierra y, finalmente, alimentarse con la delicadeza de su fruto, que no es otro que el adorable Jesús, a quien sea el honor y la gloria por la eternidad. Amén. *Dios sólo.*

CAPULLO DE ROSA

A los Niños.

7 A Uds., queridos niños, les ofrezco un hermoso capullo de rosas: el granito de su Rosario, que les parece tan insignificante. Pero... ¡Oh! ¡Qué grano tan precioso! ¡Qué capullo tan admirable! y ¡cómo se desarrollará, si recitan devotamente el Avemaría! Quizás sea mucho pedirles que recen un Rosario todos los días. Recen, por lo menos, una tercera parte, con devoción. Será una linda diadema de rosas que colocarán en las sienes de Jesús y de María. ¡Créanmelo! Escuchen ahora y recuerden esta hermosa historia.

8 Dos niñas, hermanas, estaban a la puerta de su casa recitando el Rosario devotamente. Se les aparece una hermosa Señora, que acercándose a la más pequeña —de sólo seis años— la toma de la mano y se la lleva. La hermana mayor, llena de turbación, la busca y no habiendo podido hallarla, vuelve a casa llorando y diciendo que se habían llevado a su hermana. El padre y la madre la buscan inútilmente durante tres días. Pasado este tiempo, la encuentran en la casa con el rostro alegre y gozoso. Le preguntan de dónde viene. Ella responde que la Señora a quien rezaba

el Rosario la había llevado a un lugar hermoso, y le había dado a comer cosas muy buenas y había colocado en sus brazos un bellissimo Niño a quien había cubierto de besos. El padre y la madre, recién convertidos a la fe, llaman al padre Jesuita que les había instruido en ella y en la devoción del Rosario, y le relatan lo que había pasado. El mismo nos lo contó. Ocurrió en el Paraguay⁵.

Imiten, queridos niños, a estas fervorosas niñas. Recen todos los días la tercera parte del Rosario y merecerán ver a Jesús y a María, si no durante esta vida, sí después de la muerte durante la eternidad. Amén.

Así pues, que sabios e ignorantes, justos y pecadores, grandes y pequeños, alaben y saluden noche y día a Jesús y María con el Santo Rosario.

*Saluden a María, que ha trabajado mucho en Uds.*⁶

⁵ Antoine Boissieu, S. J., *Le Chrétien prédestiné par la dévotion à la Sainte Vierge*, p. 752; ver CN p. 189-190.

⁶ Saludo dirigido por San Pablo a una cristiana romana y aplicado por Montfort a la Santísima Virgen (Rom 16,6).

PRIMERA DECENA

EXCELENCIA DEL ROSARIO, MANIFESTADA POR SU ORIGEN Y SU NOMBRE

PRIMERA ROSA

Las oraciones del Rosario.

9 El Rosario encierra dos realidades: la oración mental y la vocal. *La oración mental* en el Santo Rosario es la meditación de los principales misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre.

La oración vocal consiste en la recitación de quince decenas de Avemarías, precedidas de un Padrenuestro, unida a la meditación y contemplación de las quince principales virtudes que Jesús y María practicaron, conforme a los quince misterios del Santo Rosario.

En la primera parte —que consta de cinco decenas— se honran y consideran los cinco misterios gozosos. En la segunda, los cinco dolorosos. Y en la tercera los cinco misterios gloriosos.

De este modo, el Rosario constituye un conjunto sagrado de oración mental y vocal para honrar e imitar los misterios y virtudes de la vida, muerte, pasión y gloria de Jesucristo y de María.

SEGUNDA ROSA

Origen del Rosario.

10 El Santo Rosario, compuesto fundamental y sustancialmente por la oración de Jesucristo (el Padrenuestro), la salutación angélica (el Avemaría) y la meditación de los misterios de Jesús y de María, constituye, sin duda, la primera plegaria y la primera devoción de los

creyentes. Desde los tiempos de los Apóstoles y discípulos ha estado en uso, siglo tras siglo, hasta nuestros días⁷.

11 Sin embargo, el Santo Rosario —en la forma y método de que hoy nos servimos en su recitación— sólo fue inspirado a la Iglesia —en 1214— por la Santísima Virgen que lo dio a Santo Domingo para convertir a los herejes albigenses y a los pecadores. Ocurrió en la forma siguiente, según lo narra el Beato Alano de la Rupe en su famoso libro intitulado *De Dignitate Psalterii*⁸.

“Viendo Santo Domingo que los crímenes de los hombres obstaculizaban la conversión de los albigenses, entró en un bosque próximo a Tolosa y permaneció allí tres días y tres noches dedicado a la penitencia y a la oración continua, sin cesar de gemir, llorar y mortificar su cuerpo con disciplina para calmar la cólera divina, hasta que cayó medio muerto. La Santísima Virgen se le apareció en compañía de tres princesas celestiales y le dijo: «¿Sabes, querido Domingo, de qué arma se ha servido la Santísima Trinidad para reformar el mundo?» Oh Señora, tú lo sabes mejor que yo —respondió él—; porque después de Jesucristo, tú fuiste el principal instrumento de nuestra salvación. «Pues sabes —añadió ella— que la principal pieza de combate ha sido el salterio angélico, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Por ello, si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, predica mi salterio»⁹.

Se levantó el Santo muy consolado. Inflamado de celo por la salvación de aquellas gentes, entró en la catedral. Al momento repicaron las campanas para reunir a los habitantes, gracias a la intervención de los ángeles. Al comenzar él su predicación, se desencadenó una terrible tormenta, tembló la tierra, se oscureció el sol, truenos y relámpagos repetidos hicieron palidecer y temblar a los oyentes. El terror de éstos aumentó cuando vieron a una imagen de la Santísima Virgen, expuesta en lugar prominente, levantar los brazos al cielo por tres veces para pedir a Dios venganza contra ellos, si no se convertían y recurrían a la protección de la Santa Madre de Dios.

⁷ Efectivamente, los apóstoles y discípulos que habían aprendido de labios de Jesús el Padrenuestro —y quienes creyeron, gracias a su palabra y testimonio— y se reunían para vivir la presencia salvadora del Señor (Hech 2, 42ss) recitaban la oración dominical, meditaban y celebraban el memorial de Jesucristo y sentían la presencia de María, la Madre de Jesús, Maestra de oración (Lc 1, 46-55; Hech 1,14).

⁸ De la dignidad el Salterio de María, o sea, del Rosario.

⁹ Ver VD, 249-254.

Quería el cielo con estos prodigios promover esta nueva devoción del Santo Rosario y hacer que se la conociera más. Gracias a la oración de Santo Domingo, se calmó finalmente la tormenta, él prosiguió su predicación explicando con tanto fervor y entusiasmo la excelencia del Santo Rosario que casi todos los habitantes de Tolosa lo aceptaron, renunciando a sus errores. En poco tiempo se experimentó un gran cambio de vida y costumbres en la ciudad”.

TERCERA ROSA

El Santo Rosario y Santo Domingo.

12 El establecimiento del Santo Rosario, en forma tan milagrosa, guarda cierta semejanza con la manera de que se sirvió Dios para promulgar su ley al mundo en el Monte Sinaí. Y manifiesta claramente la excelencia de esta maravillosa práctica. Santo Domingo, iluminado por el Espíritu Santo e instruido por la Santísima Virgen y por su propia experiencia, dedicó el resto de su vida a predicar el Santo Rosario con su ejemplo y su palabra, en las ciudades y los campos, ante grandes y pequeños, sabios, e ignorantes, católicos y herejes. El Santo Rosario —que rezaba todos los días— constituía su preparación antes de predicar y su acción de gracias después de la predicación.

13 Se preparaba el Santo, detrás del altar mayor de Nuestra Señora de París, con el rezo del Santo Rosario, para predicar en la fiesta de San Juan Evangelista, cuando se le apareció la Santísima Virgen y le dijo: «¡Aunque lo que tienes preparado para predicar sea bueno, aquí te traigo un sermón mejor!» El Santo recibe de manos de María el escrito que contiene el Sermón, lo lee, lo saborea, lo comprende y da gracias por él a la Santísima Virgen. Llegada la hora del sermón, sube al púlpito y, después de haber dicho en alabanza de San Juan, sólo que había sido el guardián de la Reina del cielo, dijo a la asamblea de nobles y doctores que habían venido a escucharlo y estaban acostumbrados a oír sólo discursos artificiosos y floridos, que no les hablaría con las palabras elocuentes de la sabiduría humana, sino con la sencillez y fuerza del Espíritu Santo.

Les predicó el Santo Rosario, explicándoles palabra por palabra, como a niños, la salutación angélica, sirviéndose de comparaciones muy sencillas, leídas en el escrito que le diera la Santísima Virgen.

14 Aquí están las palabras del sabio Cartagena que él tomó, en parte del libro del Beato Alano de la Rupe, *De Dignitate Psalterii*: “Afirma el Beato Alano que su Padre, Santo Domingo, le dijo un día en una revelación: ¡Hijo mío! tú predicas. Pero, para que no busques la alabanza humana sino la salvación de las almas, escucha lo que me sucedió en París. Debía predicar en la Iglesia mayor de Santa María y quería hacerlo ingeniosamente, no por jactancia, sino a causa de la nobleza y dignidad de los asistentes. Mientras oraba, según mi costumbre, casi durante una hora, mediante la recitación de mi salterio (es decir, el Rosario) antes del Sermón tuve un éxtasis. Veía a mi amada Señora, la Virgen María, que ofreciéndome un libro me decía: «Por bueno que sea el sermón que vas a predicar, aquí traigo uno mejor!»”

“Muy contento, tomé el libro, lo leí todo y, como María lo había dicho, encontré lo que debía predicar. Se lo agradecí de todo corazón. Llegada la hora del sermón, subí a la cátedra sagrada. Era la fiesta de San Juan, pero sólo dije del Apóstol que mereció ser escogido para guardián de la Reina del cielo. En seguida hablé así a mi auditorio: «¡Señores e ilustres Maestros! Uds. están acostumbrados a oír sermones sabios y elegantes. Pero no quiero dirigirles doctas palabras de sabiduría humana, sino mostrarles el espíritu de Dios y su poder». Entonces, añade Cartagena, siguiendo al Beato Alano, Santo Domingo les explicó la salutación angélica mediante comparaciones y semejanzas muy sencillas”.

15 El Beato Alano —como dice el mismo Cartagena— relata muchas otras apariciones del Señor y de la Santísima Virgen a Santo Domingo para instarle y animarle más y más a predicar el Santo Rosario, a fin de combatir el pecado y convertir a los pecadores y herejes. Oigamos este pasaje:

“El Beato Alano refiere que la Santísima Virgen le reveló que Jesucristo, su Hijo, se había aparecido después de Ella a Santo Domingo y le había dicho: «Domingo me alegro de que no te apoyes en tu sabiduría y de que trabajes con humildad en la salvación de las almas sin preocuparte por complacer la vanidad humana. Muchos predicadores quieren desde el comienzo tronar contra los pecados más graves, olvidando que antes de dar un remedio penoso es necesario preparar al enfermo para que lo reciba y aproveche. Por ello, deben exhortar antes al auditorio al amor a la oración y, especialmente, a mi salterio angélico. Porque, si todos comienzan a

rezarlo, no hay duda de que la clemencia divina será propicia con los que perseveran. Predica, pues, mi Rosario».

16 En otro lugar dice el Beato Alano: “Todos los predicadores hacen rezar a los cristianos la salutación angélica al comenzar sus sermones, para obtener la gracia divina. La razón de ello es una revelación de la Santísima Virgen a Santo Domingo: «Hijo mío —le dijo— no te sorprendas de no lograr éxito con tus predicaciones. Porque trabajas en una tierra que no ha sido regada por la lluvia. Recuerda que cuando Dios quiso renovar el mundo, envió primero la lluvia de la salutación angélica. Así se renovó el mundo. Exhorta, pues, a las gentes en tus sermones a rezar el Rosario y recogerás grandes frutos para las almas». Hízolo así constantemente el Santo y obtuvo notable éxito con sus predicaciones. Puedes leer esto en el Libro de los milagros del Santo Rosario —escrito en italiano— y en el discurso 143 de Justino”.

17 Me he complacido en citarte palabra por palabra los pasajes de estos serios autores, en favor de los predicadores y personas eruditas que pudieran dudar de la maravillosa eficacia del Santo Rosario. Mientras los predicadores —siguiendo el ejemplo de Santo Domingo— enseñaron la devoción del Santo Rosario, florecían la piedad y el fervor en las órdenes religiosas que lo practicaban y en el mundo cristiano. Pero cuando se empezó a descuidar este regalo venido del cielo, sólo vemos pecados y desórdenes por todas partes.

CUARTA ROSA

El Rosario y el Beato Alano.

18 Todas las cosas, inclusive las más santas —en cuanto pueden depender de la voluntad humana— están sujetas a cambio. No hay, pues, por qué extrañarte de que la cofradía del Santo Rosario no haya subsistido en su primitivo fervor sino unos cien años después de su fundación. Después estuvo casi sumida en el olvido. Además, la malicia y envidia del demonio, han contribuido seguramente mucho para que se descuidara el Santo Rosario, con el fin de detener los torrentes de gracia divina que esta devoción atrae al mundo. Efectivamente, en el año 1349, la justicia divina

afligió todos los reinos europeos con la peste más temible que se haya visto jamás. Esta se extendió desde Oriente por Italia, Alemania, Francia, Polonia, Hungría, devastando casi todos estos territorios, ya que de cada cien hombres sólo quedaba uno vivo. Las ciudades, los pueblos, las aldeas y monasterios quedaron casi desiertos durante los tres años que duró la epidemia¹⁰. A este azote de Dios siguieron otros dos: la herejía de los Flagelantes y un malhadado cisma en el año 1376.

19 Después de que, por la misericordia divina, cesaron estas calamidades, la Santísima Virgen ordenó al Beato Alano de la Rupe — célebre doctor y famoso predicador de la Orden de Santo Domingo del convento de Dinán en Bretaña— renovar la antigua cofradía del Santo Rosario, a fin de que —ya que la susodicha cofradía había nacido en esa provincia— un religioso del mismo lugar tuviera el honor de restaurarla. Este bienaventurado Padre comenzó a trabajar en tan noble empresa en el año 1460, sobre todo, después de que el Señor —como lo cuenta él mismo — le dijo cierto día desde la Sagrada Hostia, mientras celebraba la santa Misa, a fin de impulsarlo a predicar el Santo Rosario: «¿Por qué me crucificas de nuevo?».

¿Cómo, Señor? respondió sorprendido el Beato Alano.

Tus pecados me crucifican —respondió Jesucristo—. Aunque preferiría ser crucificado de nuevo a ver a mi Padre ofendido por los pecados que has cometido. Tú me sigues crucificando, porque tienes la ciencia y cuanto es necesario para predicar el Rosario de mi Madre e instruir y alejar del pecado a muchas almas... Podrías salvarlas y evitar grandes males. Pero, al no hacerlo, eres culpable de sus pecados. Tan terribles reproches hicieron que el Beato Alano se decidiera a predicar intensamente el Rosario.

¹⁰ Tres calamidades que se interpretaron como castigos divinos:

* La llamada peste negra (1348) que despobló conventos y ciudades;

* La guerra que, a su vez, hacía estragos —especialmente en Francia— y conducía a los peores desórdenes en todos los campos;

* La herejía de los *flagelantes*, especie de iluminados que comenzaron su actividad “flagelándose” el cuerpo hasta sangrar, para apaciguar —según ellos— la ira divina, pero que luego se convirtieron en un movimiento herético-político, que rechazaba la autoridad de la Iglesia, despreciaba los medios ordinarios de salvación y no reconocía otra razón que la hoguera y la cárcel.

20 La Santísima Virgen le dijo también cierto día, para animarlo más todavía a predicar el Santo Rosario: «Fuiste un gran pecador en tu juventud. Pero yo te alcancé de mi Hijo la conversión. He pedido por ti y deseado —si fuera posible— padecer toda clase de trabajos por salvarte — ya que los pecadores convertidos constituyen mi gloria— y hacerte digno de predicar por todas partes mi Rosario».

Santo Domingo, describiéndole los grandes frutos que había conseguido entre las gentes por esta hermosa devoción que él predicaba continuamente, le decía: “Mira los frutos que he alcanzado con la predicación del santo Rosario. Que hagan lo mismo tú y cuantos aman a la Santísima Virgen, para atraer mediante el Santo ejercicio del Rosario a todos los pueblos a la ciencia verdadera de la virtud”.

Esto es, en resumen, lo que la historia nos enseña acerca del establecimiento del Santo Rosario por Santo Domingo y su restauración por el Beato Alano de la Rupe.

QUINTA ROSA

La cofradía del Rosario.

21 Estrictamente hablando, no hay sino una cofradía del Rosario, compuesto de ciento cincuenta Avemarías. Pero en relación a las personas que lo practican, podemos distinguir tres clases: el Rosario común u ordinario, el Rosario perpetuo y el Rosario cotidiano.

La cofradía del Rosario ordinario sólo exige recitarlo una vez por semana.

La del Rosario perpetuo, una vez al año.

La del Rosario cotidiano, en cambio, rezarlo completo, es decir, las ciento cincuenta Avemarías, todos los días. Ninguna de estas cofradías implica obligación bajo pecado, ni siquiera venial, si no lo rezamos. Porque el compromiso de rezarlo es totalmente voluntario y de supererogación. Pero no debe alistarse en la cofradía quien no tenga voluntad decidida de rezarlo, conforme lo exige la cofradía y, siempre que

pueda, sin faltar a las obligaciones del propio estado. De suerte que, cuando el rezo del Rosario coincide con una obligación de estado, hay que preferir ésta al Rosario, por santo que éste sea. Cuando a causa de enfermedades no se le pueda recitar todo o en parte sin agravar el padecimiento, no obliga. Y cuando por legítima obediencia, olvido involuntario o necesidad apremiante, no fue posible rezarlo, no hay pecado ninguno, ni siquiera venial. Y no por ello, dejas de participar en las gracias y méritos de los cofrades del Santo Rosario que lo rezan en todo el mundo.

Y si dejas de rezarlo por pura negligencia, pero sin desprecio formal, absolutamente hablando tampoco pecas. Pero pierdes la participación en las oraciones, buenas obras y méritos de la cofradía. Y por tu negligencia en cosas pequeñas y de supererogación, caerás insensiblemente en la infidelidad a las cosas grandes y de obligación esencial: *Quien desprecia lo pequeño, poco a poco se precipita* (BenS 19,1).

SEXTA ROSA

El Salterio de María.

22 Desde que Santo Domingo estableció esta devoción hasta el año 1460, en que el Beato Alano la restauró por orden del cielo, se la denominó el salterio de Jesús y de la Santísima Virgen. Porque contiene tantas Avemarías como salmos tiene el salterio de David (BenS 19,1) y porque los sencillos e ignorantes que no pueden rezar el salterio davídico sacan de la recitación del Santo Rosario tanto o mayor fruto que el que se consigue con la recitación de los salmos de David:

1. porque el salterio angélico tiene un fruto más noble, a saber, el Verbo encarnado, a quien el salterio davídico solamente predice;
2. porque así como la realidad supera a la imagen y el cuerpo a la sombra, del mismo modo el salterio de Santísima Virgen sobrepasa al de David que solo fue sombra y figura de aquel;
3. porque la Santísima Trinidad inventó directamente el salterio de la Santísima Virgen, es decir, el Rosario, compuesto de Padrenuestros y Avemarías.

El sabio Cartagena refiere al respecto: El sapientísimo J. Bessel de Aquisgrán, en su libro sobre la *Corona de Rosas*, escrito al Emperador

Maximiliano, dice: “No puede afirmarse que la salutación mariana sea una invención reciente. Se extendió con la Iglesia misma. Efectivamente, desde los orígenes de la Iglesia, los fieles más instruidos celebraban las alabanzas divinas con la triple cincuentena de salmos davídicos. Entre los más humildes, que encontraban diversas dificultades en el rezo del oficio divino, surgió una santa emulación... Pensaron, y con razón, que en el celestial elogio —el Rosario— se incluyen todos los secretos divinos de los salmos. Sobre todo, porque los salmos cantaban al que debía venir, mientras que esta fórmula de plegaria se dirige al que ha venido ya. Por eso comenzaron a llamar «Salterio mariano» a las tres series de cincuenta oraciones, anteponiendo a cada decena la oración dominical como habían visto hacer a quienes recitaban los salmos”.

23 El salterio o Rosario de la Santísima Virgen se compone de tres Rosarios de cinco decenas cada uno, con el fin:

1. de honrar a las tres personas de la Santísima Trinidad.
2. de honrar la vida, muerte y gloria de Jesucristo;
3. de imitar a la iglesia triunfante, ayudar a la peregrinante y aliviar a la paciente;
4. de imitar las tres partes del salterio, la primera de las cuales mira a la vía purgativa; la segunda, a la vía iluminativa; la tercera, a la vía unitiva.
5. de colmarnos de gracia durante la vida, de paz en la hora de la muerte y de gloria en la eternidad.

SEPTIMA ROSA

El Rosario: Corona de Rosas.

24 Desde cuando el Beato Alano de la Rupe restauró esta devoción, la voz del pueblo que es la voz Dios, la llamó ROSARIO, es decir, corona de rosas, lo cual significa que cuantas veces se recita el Rosario como es debido, colocamos en la cabeza de Jesús y de María una corona de ciento cincuenta y tres rosas blancas y dieciséis rosas encarnadas del paraíso, que no perderán jamás su belleza ni esplendor.

La Santísima Virgen aprobó y confirmó el nombre de Rosario, revelando a varias personas, que le presentaban tantas rosas agradables cuantas Avemarías recitaban en su honor y tantas coronas de rosas como Rosarios.

25 El hermano Alfonso Rodríguez S.J., rezaba con tanto fervor, que veía con frecuencia salir de su boca una rosa encarnada a cada Padrenuestro y una rosa blanca a cada Avemaría: iguales ambas en belleza y fragancia y solo diferentes en el color.

Cuentan las crónicas de San Francisco que un joven religioso tenía la laudable costumbre de rezar todos los días antes de la comida la corona de la Santísima Virgen. Cierta día, no se sabe por qué, faltó a ella. Cuando sonó la campana de la comida, rogó al superior le permitiera rezar la corona antes de sentarse a la mesa. Obtenido el permiso, se retiró a su celda. Pero, como tardase mucho en volver, el superior envió un religioso a llamarlo.

Este lo encontró en su celda, iluminado de celestiales resplandores. La Santísima Virgen y dos ángeles estaban al lado de él. A cada Avemaría salía de la boca del religioso una bellísima rosa. Los ángeles recogían las rosas, una tras otra, y las colocaban sobre la cabeza de la Santísima Virgen que se mostraba evidentemente complacida de ello.

Otros religiosos, enviados para saber la causa de la demora de sus compañeros, vieron el mismo prodigio. La Santísima Virgen no desapareció hasta que terminó el rezo de la corona.

El Rosario es, pues, una gran corona —y el de cinco decenas una diadema o guirnalda— de rosas celestiales que se coloca en la cabeza de Jesús y de María. La rosa es la reina de las flores. El Rosario, a su vez, es la rosa y la primera de las devociones.

OCTAVA ROSA

Maravillas del Rosario.

26 No es posible expresar cuánto prefiere la Santísima Virgen el Rosario a las demás devociones, cuán benigna se muestra para recompensar a quienes trabajan en predicarlo, establecerlo y cultivarlo y cuán terrible, por el contrario, contra quienes se oponen a él.

Santo Domingo no puso en nada tanto empeño durante su vida como en alabar a la Santísima Virgen, predicar sus grandezas y animar a todo el mundo a honrarla con el Rosario. La poderosa Reina del Cielo, a su vez, no cesó de derramar sobre el Santo bendiciones a manos llenas.

Ella coronó sus trabajos con mil prodigios y milagros y él alcanzó de Dios cuanto pidió por intercesión de la Santísima Virgen. Para colmo de favores, le concedió la victoria sobre los Albigenses y le hizo padre y patriarca de una gran orden.

27 Y, ¿qué decir del Beato Alano de la Rupe, restaurador de esta devoción? La Santísima Virgen lo honró varias veces con su visita para ilustrarlo acerca de los medios de alcanzar la salvación, convertirse en buen sacerdote, perfecto religioso e imitador de Jesucristo.

Durante las tentaciones y horribles persecuciones del demonio, que lo llevaban a una extrema tristeza y casi a la desesperación, Ella lo consolaba, disipando, con su dulce presencia, tantas nubes y tinieblas. Le enseñó el modo de rezar el Rosario, lo instruyó acerca de sus frutos y excelencias, lo favoreció con la gloriosa cualidad de esposo suyo y, como arras de su casto amor, le colocó el anillo en el dedo y al cuello un collar hecho con sus cabellos, dándole también un Rosario. El abad Tritemio, el sabio Cartagena, el doctor Martín Navarro y otros hablan de él elogiosamente.

Después de atraer a la cofradía del Rosario a más de cien mil personas, murió en Zwolle, Flandes, el 8 de septiembre de 1475¹¹.

28 Envidioso el demonio de los grandes frutos que el Beato Tomás de San Juan —célebre predicador del Santo Rosario— lograba con esta práctica, lo redujo con duros tratos a una larga y penosa enfermedad en la que fue desahuciado por los médicos. Una noche, creyéndose a punto de morir, se le apareció el demonio, bajo una espantosa figura. Pero él levantó los ojos y el corazón hacia una imagen de la Santísima Virgen que se hallaba cerca de su lecho y gritó con todas sus fuerzas: “¡Ayúdame! ¡Socórreme! ¡Dulcísima Madre mía!”.

Tan pronto como pronunció estas palabras, la imagen de la Santísima Virgen le tendió la mano y agarrándole por el brazo le dijo: «¡No tengas

¹¹ Otro tanto haría en sus 16 años de sacerdocio su comprovinciano, San Luis María de Montfort (1673-1716). Facultado por el Superior General de la Orden de Predicadores, inscribió en las Cofradías del Rosario que fundó o restauró a más de 100.000 personas.

miedo, Tomás, hijo mío! ¡Aquí estoy para ayudarte! Levántate y sigue predicando la devoción de mi Rosario, como habías empezado a hacerlo. ¡Yo te defenderé contra todos tus enemigos!»

A estas palabras de la Santísima Virgen huyó el demonio. El enfermo se levantó perfectamente curado, dio gracias a su bondadosa Madre con abundantes lágrimas y continuó predicando el Rosario con éxito maravilloso.

29 La Santísima Virgen no favorece solamente a quienes predicán el Rosario, sino que recompensa también gloriosamente a quienes con su ejemplo atraen a los demás a esta devoción.

Alfonso, rey de León y de Galicia, deseando que todos sus criados honraran a la Santísima Virgen con el Rosario, resolvió, para animarlos con su ejemplo, llevar ostensiblemente un gran Rosario, aunque sin rezarlo. Bastó esto para obligar a toda la corte a rezarlo devotamente.

El rey cayó enfermo de gravedad. Ya le creían muerto cuando arrebatado en espíritu ante el tribunal de Jesucristo, vio a los demonios que le acusaban de todos los crímenes que había cometido. Cuando el divino Juez lo iba ya a condenar a las penas eternas, intervino en favor suyo la Santísima Virgen. Trajeron, entonces, una balanza: en un platillo de la misma colocaron los pecados del rey. La Santísima Virgen colocó en el otro el Rosario que Alfonso había llevado para honrarla y los que, gracias a su ejemplo, habían recitado otras personas. Esto pesó más que los pecados del rey. La Virgen le dijo luego, mirándole benignamente: «Para recompensarte por el pequeño servicio que me hiciste al llevar mi Rosario, te he alcanzado de mi Hijo la prolongación de tu vida por algunos años. ¡Empléalos bien y haz penitencia!».

Volviendo en sí el rey exclamó: “¡Oh bendito Rosario de la Santísima Virgen, que me libró de la condenación eterna!” Y después de recobrar la salud, fue siempre devoto del Rosario y lo recitó todos los días.

Que los devotos de la Santísima Virgen traten de ganar el mayor número de fieles para la cofradía del Santo Rosario, a ejemplo de estos santos y de este rey. Así conseguirán en la tierra la protección de María y luego la vida eterna: *Los que me den a conocer, alcanzarán la vida eterna* (BenS 24,31).

NOVENA ROSA

Los enemigos del Rosario.

30 Veamos ahora cuán injusto es impedir el progreso de la cofradía del Santo Rosario y cuáles son los castigos que Dios inflige a los infelices que la han despreciado e intentado destruirla.

Aunque la devoción del Santo Rosario ha sido autorizada por el cielo con muchos milagros y ha recibido la aprobación de la Iglesia mediante Bulas pontificias, no faltan hoy libertinos, impíos y gentes orgullosas que se atreven a difamar la cofradía del Santo Rosario o alejar de ella a los fieles¹². Es fácil reconocer que sus lenguas están infectadas con el veneno del infierno y que se mueven a impulso del Maligno. Nadie, en efecto, podría desaprobando la devoción del Santo Rosario sin condenar al mismo tiempo lo más piadoso que existe en la religión cristiana, a saber: la oración dominical, la salutación angélica, los misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre.

Estos orgullosos no pueden soportar que se rece el Rosario y caen con frecuencia, inconscientemente, en el criterio reprobable de los herejes que detestan el Rosario y la corona. Aborrecer las cofradías es alejarse de Dios y de la auténtica piedad, dado que Jesucristo asegura que se halla entre quienes se reúnen en su nombre. Ni es ser buen católico despreciar tantas y tan grandes indulgencias como la Iglesia concede a la cofradía. Finalmente, disuadir a los fieles de que pertenezcan a la cofradía del Santo Rosario, es obrar como enemigo de la salvación de las almas, ya que por medio de ella abandonan el pecado para abrazar la piedad. San Buenaventura afirma, con razón en su salterio, que quien desprecia a la Santísima Virgen morirá en pecado y se condenará. ¡Qué castigos no deben esperar a quienes alejan a los demás de la devoción hacia ella!

DÉCIMA ROSA

Milagros del Rosario.

31 Mientras Santo Domingo predicaba esta devoción en Carasona, un hereje se dedicó a ridiculizar los milagros y los quince

¹² Ver VD, 93-104, sobre los falsos devotos de María.

misterios del Santo Rosario. Impedía así la conversión de los herejes. Dios permitió, para castigo de este impío que 15.000 demonios se apoderaran de su cuerpo. Sus padres lo condujeron entonces al Santo para que lo librara de los espíritus malignos. Santo Domingo se puso a orar y exhortó a la multitud a rezar con él en alta voz el Rosario. Y he aquí que, a cada Avemaría, la Santísima Virgen hacía salir cien demonios del cuerpo del hereje, en forma de carbones encendidos. Una vez liberado, el hereje abjuró de sus errores, se convirtió y se hizo inscribir en la cofradía del Rosario, con muchos otros correligionarios suyos, conmovidos ante este castigo y la fuerza del Rosario.

32 El sabio Cartagena, OFM, y otros autores refieren que, en el año 1482, cuando el venerable Padre Diego Sprenger y sus religiosos trabajaban con gran celo por el restablecimiento de la devoción y cofradía del Santo Rosario en la ciudad de Colonia, dos célebres predicadores — envidiosos de los frutos maravillosos que los primeros obtenían mediante esta práctica— intentaban desacreditarla en sus propios sermones. Gracias al talento y fama de que gozaban, apartaban a muchos de inscribirse en la cofradía.

Para conseguir mejor sus perniciosos intentos, uno de ellos preparó expresamente un sermón para el domingo siguiente. Llega la hora de la predicación, pero el predicador no aparece. Se le espera... Se le busca, y finalmente, lo encuentran muerto, sin que hubiera podido ser auxiliado por nadie. Persuadido el otro predicador de que se trataba de un accidente natural, resuelve reemplazar a su compañero en la triste empresa de abolir la cofradía del Rosario. Llegan el día y la hora del sermón... Pero Dios lo castigó con una parálisis que le quitó el movimiento y la palabra. Reconociendo su falta y la de su compañero, recurrió de corazón a la Santísima Virgen, prometiendo predicar por todas partes el Rosario con tanto empeño como aquel con que lo había combatido. Le suplicó que para ello le devolviera la salud y la palabra. La Santísima Virgen accedió a su petición. Sintióse repentinamente curado, se levantó como otro Saulo, cambiado de perseguidor en defensor del Santo Rosario. Reparó públicamente su culpa y predicó con gran celo y elocuencia las excelencias del Santo Rosario.

33 No dudo de que las gentes críticas y orgullosas de hoy, al leer estas historias, pongan en duda su autenticidad, como han hecho siempre.

Yo sólo las he transcrito de muy buenos autores contemporáneos y en parte, de un libro reciente del P. Antonino Thomas, O.P., intitulado *El Rosal Místico*.

Todo el mundo sabe, por otra parte, que hay tres clases de fe para las diferentes historias. A los acontecimientos narrados en la Sagrada Escritura debemos una fe divina. A los relatos profanos, que no repugnan a la razón y han sido escritos por serios autores, una fe humana. A las historias piadosas referidas por buenos autores y no contrarias a la razón, la fe o las buenas costumbres —aunque a veces sean extraordinarias— una fe piadosa.

Confieso que no debemos ser ni muy crédulos ni muy críticos, sino optar siempre por el justo medio para descubrir dónde se hallan la verdad y la virtud. Pero estoy convencido igualmente que, así como la caridad cree fácilmente cuanto no es contrario a la fe ni a las buenas costumbres —*la caridad todo lo cree* (1 Cor 13,7) — del mismo modo, el orgullo lleva a negar casi todas las historias bien fundadas, con pretexto de que no se encuentran en la Sagrada Escritura.

Es la trampa tendida por Satanás, en la que cayeron los herejes que negaban la Tradición. Trampa en la que caen, sin darse cuenta, los críticos de hoy, que no creen lo que no comprenden o no les agrada, sin más motivo que su orgullo y autosuficiencia.

SEGUNDA DECENA

EXCELENCIA DEL ROSARIO, MANIFESTADA POR LAS ORACIONES QUE LO COMPONEN

UNDÉCIMA ROSA

El Credo.

34 El Credo o símbolo de los Apóstoles —que se reza sobre el Cristo de la camándula— es una plegaria de gran mérito, por ser un sagrado compendio y resumen de las verdades cristianas. La fe, en efecto, es la base, fundamento y principio de todas las virtudes cristianas, de todas las verdades eternas y de todas las plegarias agradables a Dios. Quien se acerca a Dios ha de comenzar por creer (Heb 11,6). Sí, quien se acerca a Dios en la oración debe comenzar con un acto de fe y cuanto mayor sea su fe, más eficaz y meritoria para él y más gloriosa para Dios será su plegaria.

No me detendré a explicar las palabras del símbolo de los Apóstoles. Pero no puedo menos de aclarar las primeras palabras: “Creo en Dios”. Estas encierran los actos de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Tienen una eficacia maravillosa para santificarnos y derrotar al demonio. Muchos santos vencieron con estas palabras las tentaciones —especialmente las contrarias a la fe, la esperanza o la caridad— durante su vida, y a la hora de su muerte. Fueron las últimas palabras que escribió San Pedro mártir con el dedo, lo mejor que pudo y sobre la arena, cuando —cortada la cabeza por el sablazo de un hereje— se hallaba próximo a expirar.

35 La fe es la única clave que permite entrar en todos los misterios de Jesús y de María, contenidos en el Santo Rosario. Por esto es necesario comenzar el Rosario, rezando el Credo con gran atención y devoción. Y cuanto más viva y robusta sea la fe, más meritorio será nuestro Rosario. Es preciso que sea viva y animada por la caridad, es decir, que para recitar bien el Santo Rosario, debes estar en gracia de Dios o en busca de ella. Es

necesario, además, que la fe sea robusta y constante, es decir, que no has de buscar en el rezo del Santo Rosario solamente el gusto sensible y la consolación espiritual. En otras palabras, no debes dejarlo cuando te asalten las distracciones involuntarias en la mente, un incomprensible tedio en el alma, un fastidio o sopor casi continuo en el cuerpo. Para rezar bien el Rosario no son necesarios ni gusto, ni consuelo, ni suspiros, ni fervor y lágrimas, ni aplicación prolongada de la imaginación. Basta la fe pura y la recta intención. Basta solo la fe¹³.

DUODÉCIMA ROSA

El Padrenuestro.

36 *El Padrenuestro* u Oración dominical saca toda su excelencia de su autor, que no es un ser humano, ni ángel, sino el Rey de los ángeles y de los hombres, Jesucristo. “Era necesario —dice San Cipriano— que quien venía como Salvador a darnos la vida de la gracia, nos enseñara también, como celestial maestro, el modo de orar”. La sabiduría del divino Maestro se manifiesta claramente en el orden, dulzura y fuerza de esta divina plegaria. Es corta, pero rica en enseñanza. Es accesible a los ignorantes, pero llena de misterios para los sabios.

El Padrenuestro encierra todos los deberes que tenemos para con Dios, los actos de todas las virtudes y la petición para todas nuestras necesidades espirituales y materiales. “Es el compendio del Evangelio” —dice Tertuliano—. “Aventaja —dice Tomas de Kempis— a los deseos de los santos”. Compendia todas las dulces expresiones de los salmos y cantos, implora cuanto necesitamos, alaba a Dios de manera excelente, eleva el alma de la tierra al cielo y la une íntimamente con El.

37 Dice San Juan Crisóstomo que quien no ora como lo ha hecho y enseñado el divino Maestro, no es discípulo suyo. Y que Dios Padre no escucha con agrado las oraciones que elabora el espíritu humano, sino la que su Hijo nos ha enseñado.

Debemos recitar la oración dominical con la certeza de que el Padre eterno la escuchará por ser la oración de su Hijo, a quien El escucha siempre (Ver Jn 11, 42 y Heb 5,7) y cuyos miembros somos (Ver Ef 5,30).

¹³ Estrofa cuarta del *Pange lingua*.

¿Podría acaso un Padre tan bueno rechazar una súplica tan bien fundada, apoyada como está en los méritos e intercesiones de Hijo tan digno? Asegura San Agustín que el Padrenuestro bien rezado borra los pecados veniales. El justo cae siete veces por día (Ver Prov 24,16), pero con las siete peticiones del Padrenuestro puede remediar sus caídas y fortalecerse contra sus enemigos. Es oración corta y fácil, a fin de que —frágiles como somos y sometidos como estamos a tantas miserias— recibamos auxilio más rápidamente rezándola con mayor frecuencia y devoción.

38 Desengáñate, pues, alma piadosa, que desprecias la oración compuesta y ordenada por el Hijo mismo de Dios a todos los creyentes. Tú, que aprecias solamente las oraciones compuestas por los hombres como si el ser humano, por más esclarecido que sea, supiera mejor que Jesús, cómo debemos orar. Tú que buscas en libros humanos el método de alabar y orar a Dios, como si te avergonzaras de utilizar el que su Hijo nos ha prescrito y vives persuadida de que las oraciones contenidas en los libros son para los sabios, mientras que el Rosario es bueno solamente para las mujeres, los niños o la gente del pueblo, como si las oraciones que lees en tu devocionario fueran más bellas y agradables a Dios que la oración dominical. ¡Dejar de lado la oración recomendada por Jesucristo para apegarnos a las compuestas por los hombres es una tentación peligrosa!

No desaprobamos con esto las oraciones compuestas por los santos para excitar a los fieles a alabar a Dios. Pero no podemos admitir que haya quienes las prefieran a la que brotó de los labios de la Sabiduría encarnada, dejen el manantial para correr tras los arroyos y desdeñen el agua viva para ir a beber la turbia. Porque, al fin y al cabo, el Rosario —compuesto de la oración dominical y de la salutación angélica— es el agua limpia y eterna que mana de la fuente de la gracia. Mientras que las demás oraciones, que buscas y rebuscas en los libros, no son más que arroyos que derivan de ellas.

39 ¡Dichoso quien recita la plegaria enseñada por el Señor meditando atentamente cada palabra! ¡Encuentra en ella cuanto necesita y puede desear! Cuando rezamos esta admirable plegaria, cautivamos desde el primer momento el corazón de Dios, invocándolo con el dulce nombre de Padre.

«*Padre nuestro*»: el más tierno de todos los padres, omnipotente en la creación, admirable en la conservación de las criaturas, sumamente amable

en su providencia e infinitamente bueno en la obra de la Redención. ¡Dios es nuestro Padre! Entonces, todos somos hermanos y el cielo es nuestra patria y nuestra herencia. ¿No bastará esto para inspirarnos, a la vez, amor a Dios y al prójimo y desapego de todas las cosas de la tierra?

Amemos, pues, a un Padre como éste y digámosle millares de veces: Padre nuestro que estás en el cielo. Tú, que llenas el cielo y la tierra con la inmensidad de tu esencia y estás presente en todas partes. Tú, que moras en los santos con tu gloria, en los condenados con tu justicia, en los justos por tu gracia, en los pecadores por tu paciencia comprensiva: haz que recordemos siempre nuestro origen celestial, vivamos como verdaderos hijos tuyos y avancemos siempre hacia ti solo, con el ardor de nuestros anhelos.

Santificado sea tu nombre. El nombre del Señor es santo y terrible, dice el profeta rey (Ver Sal 98,3); el cielo resuena con las alabanzas incesantes de los serafines a la santidad del Señor Dios de los ejércitos, exclama Isaías (Is 6,3). Con estas palabras pedimos que toda la tierra reconozca y adore los atributos de un Dios tan grande y santo. Que sea conocido, amado y adorado por los paganos, los turcos, los hebreos, los bárbaros y todos los infieles. Que todos los hombres le sirvan y glorifiquen con fe viva, con esperanza firme, con claridad ardiente, renunciando a todos los errores: en una palabra, que todos los hombres sean santos porque El mismo lo es (Ver Lc 11,44-45... y 1Pe 1,16).

Venga a nosotros tu reino. Es decir, reina, Señor en nuestras almas con tu gracia en esta vida a fin de que merezcamos reinar contigo después de la muerte, en tu Reino, que es la suprema y eterna felicidad, en la cual creemos, esperamos y la cual deseamos. Felicidad que la bondad del Padre nos ha prometido, los méritos del Hijo nos han adquirido y la luz del Espíritu Santo nos ha revelado.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Nada ciertamente escapa a las disposiciones de la divina Providencia que lo ha previsto y dispuesto todo antes de que suceda. Ningún obstáculo puede apartarla del fin que se ha propuesto. Y cuando pedimos que se haga su voluntad, no es porque temamos —dice Tertuliano— que alguien se oponga eficazmente a la ejecución de sus designios, sino que aceptamos humildemente cuanto ha querido ordenar respecto de nosotros. Y que cumplamos siempre y en todo su santísima voluntad —manifestada en sus mandamientos— con la misma prontitud, amor y constancia con las que los ángeles y santos le obedecen en el cielo.

40 *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Jesucristo nos enseña a pedir a Dios lo necesario para la vida del cuerpo y del alma. Con estas palabras, confesamos humildemente nuestra miseria y rendimos homenaje a la Providencia, declarando que creemos y queremos recibir de su bondad todos los bienes temporales. Con la palabra “pan”, pedimos a Dios lo estrictamente necesario para la vida: Excluimos lo superfluo. Este pan lo pedimos “hoy” es decir, limitamos al presente nuestras solicitudes, confiando a la Providencia el mañana. Pedimos el pan “de cada día”, confesando así nuestras necesidades siempre renovadas y proclamamos la continua dependencia en que nos hallamos de la protección y socorro divinos.

Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Nuestros pecados —dicen San Agustín y Tertuliano— son deudas que contraemos con Dios, y su justificación exige el pago hasta el último céntimo. Y ¡todos tenemos estas tristes deudas! Pero, no obstante, nuestras numerosas culpas, acerquémonos a El confiadamente y digámosle con verdadero arrepentimiento: Padre nuestro, que estás en el cielo, perdona los pecados de nuestro corazón y nuestra boca, los pecados de acción y omisión, que nos hacen infinitamente culpables a los ojos de tu justicia. Porque, como hijos de un Padre tan clemente y misericordioso, perdonamos por obediencia y caridad a cuantos nos han ofendido.

Y no nos dejes, por infidelidad a tu gracia, caer en la tentación del mundo y de la carne. Y libranos del mal que es el pecado, del mal de la pena temporal y eterna que hemos merecido. ¡Amén! Expresión muy consoladora —dice San Jerónimo—. Es como el sello que Dios pone al final de nuestra súplica para asegurarnos que nos ha escuchado. Es como si nos respondiera: «¡Amén! Sí, hágase como han pedido; lo han conseguido... » Porque esto es lo que significa el término: Amén.

DECIMOTERCERA ROSA

El padrenuestro (continuación).

41 Al recitar cada una de las palabras de la Oración dominical, honramos las perfecciones divinas. Honramos su fecundidad llamándolo Padre: Padre que desde la eternidad engendras a un Hijo igual que tú, eterno y consustancial, que es una misma esencia, una misma potencia,

una misma bondad, una misma sabiduría contigo, Padre e Hijo que al amarnos, producís al Espíritu Santo, que es Dios como vosotros. ¡Tres adorables personas que sois un solo Dios!

Padre nuestro. Es decir, Padre de los hombres y las mujeres por la creación, la conservación y la redención; Padre misericordioso de los pecadores; Padre amigo de los justos; Padre magnífico de los bienaventurados.

Que estás. Con estas palabras admiramos la inmensidad, la grandeza y plenitud de la esencia divina, que se llama con verdad *El que es* (Ex 3,14), es decir, el que existe esencial, necesaria y eternamente, que es el Ser de los seres, la Causa de todo ser. Que contiene en sí mismo —en forma eminente— las perfecciones de todos los seres. Que está en todos con su esencia, presencia y potencia sin ser por ellos abarcados. Honramos su sublimidad, gloria y majestad con las palabras que estás en el cielo —es decir—, como sentado en su trono para ejercer justicia sobre todos los hombres.

Adoramos su santidad, al desear que su nombre sea santificado. Reconocemos su soberanía y la justicia de sus leyes, anhelando la llegada de su reino y ansiando que le obedezcan los hombres en la tierra como le obedecen los ángeles en el cielo. Pidiéndole que nos dé el pan de cada día, creemos en su Providencia. Al rogarle que no nos deje caer en la tentación reconocemos su poder. Esperando que nos libre del mal, nos confiamos a su bondad.

El Hijo de Dios glorificó siempre al Padre con sus obras y vino al mundo para enseñar a los hombres a glorificarlo. Y les ha enseñado la forma de honrarlo con esta oración que se dignó dictarles. Debemos, pues, rezarla con frecuencia y atención y con el mismo espíritu con que El la compuso.

DECIMOCUARTA ROSA

El Padrenuestro: Conclusión.

42 Cuando rezamos devotamente esta divina oración, realizamos tantos actos de las más nobles virtudes cristianas como palabras pronunciamos:

Al decir Padre nuestro que estás en el cielo, hacemos actos de fe, adoración y humildad.

Al desear que su nombre sea santificado y glorificado manifestamos celo ardiente por su gloria.

Al pedir la posesión de su reino, hacemos un acto de esperanza.

Al desear que se cumpla su voluntad en la tierra como en el cielo, mostramos espíritu de perfecta obediencia.

Pidiéndole que nos dé el pan de cada día, practicamos la pobreza según el espíritu y el desapego de los bienes de la tierra.

Al rogarle que perdone nuestros pecados, hacemos un acto de contrición.

Al perdonar a quienes nos han ofendido, ejercitamos la misericordia en la más alta perfección.

Al implorar ayuda en la tentación, hacemos actos de humildad, prudencia y fortaleza.

Al esperar que nos libre del mal, practicamos la paciencia. Finalmente, al pedir todo esto no solo para nosotros, sino también para el prójimo y para todos los miembros de la Iglesia, nos comportamos como verdaderos hijos de Dios, lo imitamos en la caridad que abraza a todos los hombres y cumplimos el mandamiento de amor al prójimo.

43 Detestamos, además, todos los pecados y practicamos los mandamientos de Dios, cuando —al rezar esta oración— nuestro corazón sintoniza con la lengua y no mantenemos intenciones contrarias a estas divinas palabras. Puesto que, cuando reflexionamos en que Dios está en el cielo —es decir, infinitamente por encima de nosotros por la grandeza de su majestad— entramos en los sentimientos del más profundo respeto en su presencia y, sobrecogidos de temor, huimos del orgullo y nos abatimos hasta el anonadamiento. Al pronunciar el nombre de Padre, recordamos que de Dios hemos recibido la existencia por medio de nuestro padre y la instrucción por medio de nuestros maestros. Todos los cuales representan para nosotros a Dios, cuya viva imagen constituyen. Por ellos, nos sentimos obligados a honrarlos o, mejor dicho, a honrar a Dios en sus personas y nos guardamos mucho de despreciarlos y afligirlos. Cuando deseamos que el santo nombre de Dios sea glorificado, estamos bien lejos de profanarlo. Cuando consideramos el reino de Dios como nuestra herencia, renunciamos a todo apego desordenado a los bienes de este

mundo. Cuando pedimos con sinceridad para nuestro prójimo los bienes que deseamos para nosotros, renunciamos al odio, la disensión y la envidia.

Al pedir a Dios el pan de cada día, detestamos la gula y voluptuosidad, que se nutren en la abundancia. Al rogar a Dios con sinceridad que nos perdone como perdonamos a quienes nos han ofendido, reprimimos la cólera y la venganza, devolvemos bien por mal y amamos a nuestros enemigos. Al pedir a Dios que no nos deje caer en el pecado en el momento de la tentación, manifestamos huir de la pereza y buscar los medios para combatir los vicios y salvarnos. Al rogar a Dios que nos libre del mal, tememos su justicia y nos alegramos porque el temor de Dios es el principio de la sabiduría (Sal 110, 10; Prov 1,7...): El temor de Dios hace que el hombre evite el pecado (Prov 16,6; BenS 1,25-27).

DECIMOQUINTA ROSA

El Avemaría — sus excelencias.

44 La salutación angélica es tan sublime y elevada, que el Beato Alano de Rupe ha creído que ninguna creatura puede comprenderla y que solamente Jesucristo, Hijo de María, puede explicarla.

Deriva su excelencia:

- de la Santísima Virgen a quien fue dirigida;
- de la finalidad de la Encarnación del Verbo para la cual fue traída del cielo;
- y del arcángel San Gabriel que fue el primero en pronunciarla.

El Avemaría resume, en la más concisa síntesis, toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. En el Avemaría encontramos una alabanza y una invocación. La alabanza contiene cuanto constituye la verdadera grandeza de María. La invocación contiene cuanto debemos pedirle y cuanto podemos alcanzar de su bondad.

La Santísima Trinidad reveló la primera parte. Santa Isabel — iluminada por el Espíritu Santo— añadió la segunda, y la Iglesia —en el primer concilio de Éfeso (431) — sugirió la conclusión, después de condenar el error de Nestorio y definir que la Santísima Virgen es

verdaderamente Madre de Dios. Ese concilio ordenó que se invocase a la Santísima Virgen bajo este glorioso título, con estas palabras: Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte¹⁴.

45 La Santísima Virgen recibió esta divina salutación en orden a llevar a feliz término el asunto más sublime e importante del mundo, a saber, la Encarnación del Verbo eterno, la reconciliación entre Dios y los hombres y la redención del género humano. Embajador de esta buena noticia fue el arcángel San Gabriel, uno de los primeros príncipes de la corte celestial.

La salutación angélica contiene la fe y esperanza de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles. Es la constancia y fortaleza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos (B Alano). Es el cántico nuevo de la ley de la gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres y el terror y confusión de los demonios.

Por la salutación angélica, Dios se hizo hombre, una Virgen se convirtió en Madre de Dios, las almas de los justos fueron liberadas del limbo, se repararon las ruinas del cielo y los tronos vacíos fueron de nuevo ocupados, el pecado fue perdonado, se nos devolvió la gracia, se curaron las enfermedades, los muertos resucitaron, se llamó a los desterrados, se aplacó la Santísima Trinidad y los hombres obtuvieron la vida eterna.

Finalmente, la salutación angélica es el arco iris, la señal de la clemencia y de la gracia dadas al mundo por Dios (Bto. Alano).

¹⁴ Montfort se atiene a la opinión de su tiempo. Es cierto lo que dice, en cuanto la segunda parte del Ave María está sustancialmente en las palabras “Madre de Dios”. Título que como tal no se encuentra en los escritos del Nuevo Testamento. Se lo halla por primera vez en San Hipólito de Roma (+235). Más tarde, Nestorio combate la atribución de este título a María a causa de sus opiniones respecto de Cristo. En efecto, para él una cosa es el Hijo de Dios y otra el Hijo de María. En el sentido de que halla en Cristo dos personas: una divina (el Logos) y otra humana (Jesús). Por consiguiente, María no puede ser llamada “*théotokos*” (Madre de Dios), al menos en el sentido fuerte exigido por la Unión hipostática (es decir, la unión de las dos naturalezas divina y humana en la única persona del Verbo). El concilio de Éfeso (431), al defender que en Cristo hay una sola persona, condena la doctrina de Nestorio y sus partidarios y, al aprobar por aclamación la segunda carta de San Cirilo a Nestorio, confirma solemnemente la atribución a María del título de Madre de Dios. Esta decisión normativa de Éfeso será promulgada explícitamente como dogma en 451 por el Concilio de Calcedonia (Cahiers Marials, No. 116,43s).

DECIMOSEXTA ROSA

El Ave María — su belleza.

46 Aunque no hay nada tan excelso como la Majestad divina ni tan abyecto como el hombre —considerado como pecador— la Augusta Majestad no desdeña nuestros homenajes y se siente honrada cuando cantamos sus alabanzas. Ahora bien, la salutación angélica es uno de los cánticos más bellos que podemos entonar a la gloria del Altísimo: Te cantaré un cántico nuevo¹⁵. La salutación angélica es precisamente el cántico nuevo que David predijo se cantaría en la venida del Mesías.

Hay un cántico antiguo y un cántico nuevo.

El antiguo es el que cantaron los israelitas en acción de gracias por la creación, la conservación, la liberación de la esclavitud, el paso del Mar Rojo, el maná y todos los demás favores celestiales.

El cántico nuevo es el que entonan los cristianos en acción de gracias por la Encarnación y la Redención. Dado que estos prodigios se realizaron por el saludo de ángel, repetimos esta salutación para agradecer a la Santísima Trinidad por tan inestimables beneficios.

Alabamos a Dios Padre por haber amado tanto al mundo que le dio su unigénito para salvarlo.

Bendecimos a Dios Hijo por haber descendido del cielo a la tierra, por haberse hecho hombre y habernos salvado.

Glorificamos al Espíritu Santo por haber formado en el seno de la Virgen María ese cuerpo purísimo que fue víctima de nuestros pecados.

Con estos sentimientos de gratitud, debemos rezar la salutación angélica, acompañándola de actos de fe, esperanza, caridad y acción de gracias por el beneficio de nuestra salvación.

47 Aunque este cántico nuevo se dirige directamente a la Madre de Dios y contiene sus elogios, es —no obstante— muy glorioso para la Santísima Trinidad, porque todo el honor que tributamos a la Santísima Virgen vuelve a Dios, causa de todas sus perfecciones y virtudes. Con él

¹⁵ Ver VD 253.

glorificamos a Dios Padre porque honramos a la más perfecta de sus criaturas. Glorificamos al Hijo, porque alabamos a su purísima Madre. Glorificamos al Espíritu Santo, porque admiramos las gracias con que colmó a su Esposa.

Del mismo modo que la Santísima Virgen con su hermoso cántico, el Magnificat, dirige a Dios las alabanzas y bendiciones que le tributó Santa Isabel por su eminente dignidad de Madre del Señor, así dirige inmediatamente a Dios los elogios y bendiciones que le presentamos mediante la salutación angélica¹⁶.

48 Si la salutación angélica glorifica a la Santísima Trinidad, también constituye la más perfecta alabanza que podemos dirigir a María.

Deseaba Santa Matilde saber cuál era el mejor medio para testimoniar su tierna devoción a la Madre de Dios. Un día, arrebatada en éxtasis, vio a la Santísima Virgen que llevaba sobre el pecho la salutación angélica en letras de oro y le dijo: “Hija mía, nadie puede honrarme con saludo más agradable que el que me ofreció la Santísima Trinidad. Por él me elevó a la dignidad de Madre de Dios. La palabra Ave —que es el nombre de Eva— me hizo saber que Dios en su omnipotencia me había preservado de toda mancha de pecado y de las calamidades a que estuvo sometida la primera mujer”.

“El nombre de *María* —que significa Señora de la luz— indica que Dios me colmó de sabiduría y luz, como astros brillantes, para iluminar los cielos y la tierra”.

“Las palabras *llena de gracia* me recuerdan que el Espíritu Santo me colmó de tantas gracias, que puedo comunicarlas con abundancia a quienes las piden por mediación mía”.

“Diciendo *el Señor está contigo*, siento renovarse la inefable alegría que experimenté cuando el Verbo eterno se encarnó en mi seno”.

“Cuando me dice *bendita tú eres entre todas las mujeres*, tributo alabanzas a la misericordia divina que se dignó elevarme a tan alto grado de felicidad”.

“Ante las palabras *bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*, todo el cielo se alegra conmigo al ver a Jesús, mi Hijo, adorado y glorificado por haber salvado al hombre”.

¹⁶ Ver VD 148 y 225: “María es totalmente relativa a Dios”.

DECIMOSÉPTIMA ROSA

El Avemaría: — sus maravillosos frutos.

49 Entre las cosas admirables que la Santísima Virgen reveló al Beato Alano de la Rupe¹⁷ y sabemos que este gran devoto de María confirmó con juramento sus revelaciones, hay tres de mayor importancia:

La primera, que la negligencia, tedio y aversión a la salutación angélica —que restauró al mundo— son señal probable e inmediata de reprobación eterna;

La segunda, que quienes tienen devoción a esta divina salutación poseen una gran señal de predestinación;

La tercera, que quienes han recibido de Dios la gracia de amar a la Santísima Virgen y servirla por amor deben esmerarse con el mayor empeño para continuar amándola y sirviéndola hasta que Ella los coloque en el cielo, por medio de su Hijo, en el grado de gloria que conviene a sus méritos (B. Alano, Cap. XI).

50 Todos los herejes —que son hijos de Satanás y llevan señales evidentes de reprobación— tienen horror al Avemaría. Quizás aprenden el Padrenuestro, pero no el Avemaría. Preferirían llevar sobre sí una serpiente antes que una camándula.

Entre los católicos, aquellos que llevan la marca de la reprobación apenas si se interesan por el Rosario, son negligentes en rezarlo o lo recitan tibia y precipitadamente. Aunque yo no aceptara con fe piadosa lo revelado al Beato Alano, me basta la experiencia personal para convencerme de esta terrible y a la vez consoladora verdad. No sé ni veo con claridad cómo una devoción tan pequeña puede ser señal infalible de eterna salvación, y su defecto, señal de reprobación. No obstante, nada hay más cierto¹⁸. Vemos, en efecto, que quienes en nuestros días profesan novedosas doctrinas condenadas por la Iglesia, a pesar de su aparente piedad, descuidan en demasía la devoción del Rosario y frecuentemente lo arrancan del corazón de quienes les rodean, con los pretextos más

¹⁷ Dignidad del Salterio, c. 11, al final

¹⁸ Ver VD 250.

hermosos del mundo¹⁹. Evitan con cuidado condenar abiertamente el Rosario y el escapulario —como hacen los calvinistas—. Pero su proceder es tanto más pernicioso cuanto más sutil. Hablaremos de ello en seguida.

51 Mi *Avemaría*, mi Rosario o mi corona son mi oración preferida²⁰ y mi piedra de toque segurísima para distinguir a quienes son conducidos por el Espíritu de Dios de quienes se hallan bajo la ilusión del espíritu maligno. He conocido almas que parecían volar como águilas hasta las nubes, por la sublimidad de su contemplación. Eran, sin embargo, miserablemente engañadas por el demonio. Solo llegué a descubrir sus ilusiones, al ver que rechazaban el *Avemaría* y el Rosario como indignos de su estima.

El *Avemaría* es un rocío celestial y divino, que al caer en el alma de un predestinado le comunica una fecundidad maravillosa para producir toda clase de virtudes. Cuanto más regada esté un alma por esta oración tanto más se le ilumina el espíritu, más se le abraza el corazón y más se fortalece contra sus enemigos²¹.

El *Avemaría* es una flecha inflamada y penetrante que unida por un predicador a la palabra divina que anuncia, le da la fuerza de traspasar y convertir los corazones más endurecidos, aunque el orador no tenga talento natural extraordinario para la predicación.

El *Avemaría* fue el arma secreta que —como dije antes²²— sugirió la Santísima Virgen a Santo Domingo y al Beato Alano para convertir a los herejes y pecadores.

De aquí surgió la costumbre de los predicadores de rezar un *Avemaría* al comenzar la predicación, como afirma San Antonio.

DECIMOCTAVAROSA

El Avemaría: Sus bendiciones.

¹⁹ La observación de Montfort parece no haber perdido actualidad.

²⁰ La idea y la expresión vuelve a resonar en la voz del Papa Juan Pablo II: “El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad”. (Octubre 29/78).

²¹ Ver VD 249-253.

²² Ver antes, Rosas 2a. y 4a.

52 Esta divina salutación atrae sobre nosotros la copiosa bendición de Jesús y María. Efectivamente, es principio infalible que Jesús y María recompensan magnánimamente a quienes les glorifican y devuelven centuplicadas las bendiciones que se les tributan: *Quiero a los que me quieren... para enriquecer a los que me aman y para llenar sus bodegas* (Prov 8,17.21). Es lo que proclaman a voz en cuello Jesús y María. Amamos a quienes nos aman, los enriquecemos y llenamos sus tesoros. Quien siembra generosamente, generosas cosechas tendrá (ver 2 Cor 9,6).

Ahora bien. ¿no es amar, bendecir y glorificar a Jesús y a María el recitar devotamente la salutación angélica? En cada Avemaría tributamos a Jesús y a María una doble bendición: *Bendita* tú eres entre todas las mujeres y *bendito* es el fruto de tu vientre, Jesús. En cada Avemaría tributamos a María el mismo honor que Dios le hizo al saludarla mediante el arcángel San Gabriel. ¿Quién podrá pensar siquiera que Jesús y María —que tantas veces hacen el bien a quienes les maldicen— vayan a responder con maldiciones a quienes los honran y bendicen con el Avemaría?

La reina del cielo —dicen San Bernardo y San Buenaventura— no es menos agradecida y cortés que las personas nobles y bien educadas de este mundo. Las aventaja en esta virtud como en las demás perfecciones y no permitirá que la honremos con respeto sin devolvernos el ciento por uno. “María —dice San Buenaventura— nos saluda con la gracia, siempre que la saludamos con el Avemaría”²³.

¿Quién podrá comprender las gracias y bendiciones que el saludo y mirada benigna de María atraen sobre nosotros? En el momento en que Santa Isabel oyó el saludo que le dirigía la Madre de Dios, quedó llena del Espíritu Santo y el niño que llevaba en su seno saltó de alegría. Si nos hacemos dignos del saludo y bendición recíprocos²⁴ de la Santísima Virgen, seremos, sin duda, colmados de gracias y un torrente de consuelos espirituales inundará nuestras almas.

DECIMONOVENA ROSA

El Avemaría: Feliz intercambio.

²³ Ver VD 144.181...

²⁴ Porque María no se deja vencer en generosidad. Ver VD 121, 133...

53 Está escrito: *Den y se les dará* (Lc 6,38). Recordemos la comparación del Beato Alano: “Si te doy cada día ciento cincuenta diamantes, ¿no me perdonarías, aunque fueses enemigo mío? Y si eres mi amigo, ¿no me otorgarás todos los favores posibles? ¿Quieres enriquecerte con todos los bienes de la gracia y de la gloria? ¡Saluda a la Santísima Virgen, honra a tu bondadosa Madre!” *El que da gloria a su madre se prepara un tesoro* (BenS 3,5). Preséntale, al menos, cincuenta Avemarías diariamente, cada una de ellas contiene quince piedras preciosas que agradan más a María que todas las riquezas de la tierra. ¿Qué no podrás, entonces, esperar de su generosidad? Ella es nuestra Madre y amiga.

Es la Emperatriz del universo y nos ama más de lo que todas las madres y reinas juntas amaron a algún mortal. Porque —dice San Agustín— la caridad de la Santísima Virgen aventaja a todo el amor natural de todos los hombres y de todos los ángeles.

54 El Señor se apareció un día a Santa Gertrudis, contando monedas de oro. Ella se atrevió a preguntarle qué estaba contando. “Cuento —le respondió Jesucristo— tus Avemarías: ¡son la moneda con que se compra el paraíso!”

El doctor y piadoso Suárez, S.J., estimaba tanto la salutación angélica que solía decir: “¡Daría con gusto toda mi ciencia por el valor de un Avemaría bien dicha!”

55 El Beato Alano de la Rupe se dirige así a la Santísima Virgen: “Quien te ama. oh excelsa María, escuche esto y llénese de gozo:

El cielo exulta de dicha, la tierra, de admiración; cuando digo:
¡Avemaría!

Mientras que el mundo se aterra, poseo el amor de Dios: cuando digo: ¡Avemaría!

Mis temores se disipan, mis pasiones se apaciguan: cuando digo:
¡Avemaría!

Mi devoción, se acrecienta, y alcanzo la contrición: cuando digo:
¡Avemaría!

Se confirma mi esperanza, se acrecienta mi consuelo: cuando digo: ¡Avemaría!

Salta de gozo mi espíritu, se disipa mi tristeza; cuando digo:
¡Avemaría!

Porque la dulzura de esta suavísima salutación es tan grande que no hay términos adecuados para explicarla debidamente y, después de haber dicho de ella maravillas, resulta todavía tan escondida y profunda que es imposible descubrirla. Es corta en palabras, pero grande en misterios. Es más dulce que la miel y más preciosa que el oro. Hay que tenerla frecuentemente en el corazón para meditarla y en la boca para recitarla y repetirla devotamente”.

Refiere el mismo Beato Alano —en el Capítulo 69 del salterio— que una religiosa muy devota del Rosario se apareció después de muerta a una de sus hermanas y le dijo: “Si pudiera regresar a mi cuerpo para recitar solamente un Avemaría, aunque sin mucho fervor, volvería a sufrir gustosamente todos los dolores que padecí antes de morir, con tal de alcanzar el mérito de esta oración”. Hay que recordar que había sufrido crueles dolores durante varios años.

56 Miguel de Lisle, obispo de Salubre, discípulo y compañero del Beato Alano de la Rupe en el restablecimiento del Santo Rosario, dice que la salutación angélica es el remedio de todos los males que nos afligen, con tal que la recemos devotamente en honor de la Santísima Virgen.

VIGÉSIMA ROSA

El Avemaría: Breve explicación.

57 ¿Te debates en la miseria del pecado? —Invoca a la excelsa María y dile: ¡Ave! Que quiere decir: ¡Te saludo con profundo respeto a ti que eres sin pecado, ni desgracia! Ella te librá de la desgracia de tus pecados.

¿Te envuelven las tinieblas de la ignorancia o del error? Recurre a María y dile: ¡Ave María! Es decir, iluminada con los rayos del sol de justicia. Ella te comunicará sus luces. ¿Caminas extraviado, fuera de la senda del cielo? —Invoca a María, que quiere decir Estrella del mar y Estrella polar, que guía nuestro peregrinar por este mundo. Ella te conducirá al puerto de salvación.

¿Estás afligido? Acude a María, que quiere decir mar amargo, pues fue llena de amarguras en este mundo y actualmente en el cielo se ha convertido en mar de purísimas dulzuras. Ella convertirá tu tristeza en gozo y tus aflicciones en consuelo.

¿Has perdido la gracia? —Honra la abundancia de gracias de que Dios llenó a la Santísima Virgen y dile llena de gracia y de todos los dones del Espíritu Santo. Ella te dará sus gracias.

¿Te sientes solo y abandonado de Dios? dirígete a María y dile *el Señor es contigo* más noble y está más íntimamente que en los justos y los santos, porque eres con El una misma cosa, pues, siendo El tu Hijo, su carne es carne tuya. Y dado que eres su Madre, estás con el Señor en semejanza perfecta y mutua caridad. Dile finalmente: Toda la Santísima Trinidad está contigo, pues eres su precioso templo. Ella te colocará bajo la protección y salvaguardia del Señor.

¿Te has convertido en objeto de la maldición divina? —Dile: *bendita tu entre todas las mujeres*. Te aclaman todas las naciones por tu pureza y fecundidad, tú cambiaste las maldiciones divinas en bendición. Ella te bendecirá.

¿Estás hambriento del pan de la gracia y del pan de la vida? Acércate a quien llevó el pan vivo descendido del cielo. Dile bendito es el fruto de tu vientre, el que concebiste sin detrimento de tu virginidad, que llevaste sin trabajo y diste a luz sin dolor. Bendito Jesús, que rescató al mundo esclavizado, curó al mundo enfermo, resucitó al hombre muerto, hizo volver al hombre desterrado, justificó al hombre criminal y salvó al hombre condenado. Ciertamente tu alma será saciada del pan de la gracia en esta vida y de la vida eterna en la otra. Amén.

58 Concluye tu plegaria con la Iglesia y di: *Santa María*; santa en cuerpo y alma, santa por tu singular y eterna abnegación en el servicio de Dios, santa en tu calidad de Madre de Dios que te dio una santidad eminente como convenía a esta infinita dignidad.

Madre de Dios y también Madre nuestra, Abogada y Mediadora nuestra, Tesorera y Dispensadora de las gracias de Dios: Alcánzanos pronto el perdón de nuestros pecados y la reconciliación con la divina Majestad.

Ruega por nosotros, pecadores: pues tienes tanta compasión de los miserables, que no desprecias ni rechazas a los pecadores, sin los cuales no serías la Madre del Salvador. Ruega por nosotros ahora, durante el tiempo

de nuestra vida corta, frágil y miserable. *Ahora*, porque sólo nos pertenece el momento presente. Ahora, cuando somos acometidos y estamos rodeados, noche y día, de poderosos y crueles enemigos.

En la hora de nuestra muerte, tan terrible y peligrosa, cuando se agoten nuestras fuerzas, cuando nuestro cuerpo y espíritu estarán abatidos por el dolor y el espanto. En la hora de nuestra muerte, cuando Satanás redoblará sus esfuerzos a fin de arruinarnos para siempre. En esa hora en que se decidirá nuestra suerte para toda una eternidad, dichosa o infeliz. Ven en ayuda de tus pobres hijos, Madre compasiva, abogada y refugio de los pecadores. Aleja de nosotros en la hora de la muerte a los demonios, enemigos y acusadores nuestros, cuyo horroroso aspecto nos espanta. Ven a iluminarnos en las tinieblas de nuestra muerte. Guíanos y acompáñanos ante el tribunal de nuestro Juez, que es Hijo tuyo. Intercede por nosotros para que nos perdone y reciba en el número de los elegidos en la mansión de la gloria eterna. *¡Amén, que así sea!*

59 ¿Habrá quien no admire la excelencia del Santo Rosario compuesto de partes tan excelentes como la oración dominical y la salutación angélica?

¿Existe acaso oración más grata a Dios y a la Santísima Virgen y más fácil, dulce y saludable para los hombres? Llevémoslas continuamente en el corazón y en la boca para honrar a la Santísima Trinidad, a Jesucristo nuestro Salvador y a su Madre Santísima.

Además, al fin de cada decena es conveniente añadir el *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*; como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amén.*

TERCERA DECENA

EXCELENCIA DEL SANTO ROSARIO, MANIFESTADA POR LA MEDITACIÓN DE LA VIDA Y PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

VIGESIMOPRIMERA ROSA

Los quince misterios de Rosario.

60 Misterio significa realidad sagrada y difícil de comprender²⁵. Las obras de Jesucristo son todas sagradas y divinas, porque Él es Dios y hombre al mismo tiempo. Las de la Virgen María son santísimas, por ser Ella la más perfecta de las criaturas. Con razón se da el nombre de misterios a las obras de Jesucristo y de su Santísima Madre. Están, en efecto, colmadas de maravillas, perfecciones e instrucciones profundas y sublimes, que el Espíritu Santo revela a los humildes y sencillos que los honran.

Las obras de Jesús y de María pueden también llamarse flores admirables. Flores cuyo perfume y hermosura sólo conocen quienes se acercan a ellas, aspiran su fragancia y abren su corola, mediante una atenta y seria meditación.

61 Santo Domingo distribuyó las vidas de Jesucristo y de la Santísima Virgen en quince misterios, que nos representan sus virtudes y principales acciones. Son quince cuadros, cuyas escenas deben servirnos de normas y ejemplo para orientar nuestra vida. Quince antorchas que guían nuestros pasos en este mundo. Quince espejos luminosos que nos permiten conocer a Jesús y María, conocernos a nosotros mismos y

²⁵ Distingue Montfort entre misterio, verdad revelada relativa a Dios — impenetrable e incomprensible para el hombre y misterio, cosa sagrada de sentido recóndito, que el Espíritu Santo nos ayuda a comprender por el don de entendimiento y a gustar por el don de sabiduría. Se trata aquí de este último sentido.

encender el fuego de su amor en nuestros corazones. Quince hogueras en cuyas llamas podemos incendiarnos totalmente.

La Santísima Virgen enseñó a Santo Domingo este excelente método de orar. Y le ordenó predicarlo para despertar la piedad de los cristianos y hacer revivir el amor de Jesucristo en sus corazones. Lo enseñó también al Beato Alano de la Rupe. «El rezo de ciento cincuenta Avemarías —le dijo— es una oración muy útil, es un obsequio que agrada mucho. Y lo es aún más y harán mucho mejor quienes las reciten meditando la vida, pasión y gloria de Jesucristo. Porque esta meditación es el alma de tales oraciones».

En efecto, el Rosario sin la meditación de los sagrados misterios de nuestra salvación sería como un cuerpo sin alma, una excelente materia sin su forma²⁶ —que es la meditación, la cual distingue al Rosario de las demás devociones.

62 La primera parte del Rosario contiene cinco misterios:

1. El de la Anunciación del Arcángel Gabriel a la Santísima Virgen;
2. El de la Visitación de la Santísima Virgen a Santa Isabel;
3. El del Nacimiento de Jesucristo;
4. El de la Presentación de Jesús en el templo y Purificación de la Santísima Virgen;
5. El del Hallazgo de Jesús en el templo entre los doctores.

Y se llaman misterios gozosos a causa de la alegría que proporcionaron a todo el universo.

En efecto: La Santísima Virgen y los ángeles quedaron inundados de gozo en el dichoso momento de la Encarnación.

Santa Isabel y San Juan Bautista se colmaron de alegría con la visita de Jesús y de María.

El cielo y la tierra se alegraron con el nacimiento del Salvador.

Simeón quedó consolado y lleno de alegría al recibir a Jesús en sus brazos.

Los doctores estaban embelesados al oír las respuestas de Jesús.

²⁶ Montfort utiliza la terminología escolástica. La meditación es lo que el alma humana para el cuerpo del hombre: lo que lo “distingue específicamente” de cualquier otra devoción.

Y, ¿quién podrá expresar el gozo de María y José al encontrar a Jesús después de tres días de ausencia?

63 La segunda parte del Rosario se compone también de cinco misterios, llamados misterios dolorosos, porque nos presenta a Jesucristo abrumado por la tristeza, cubierto de llagas, cargado de oprobios, dolores y tormentos.

1. El de la oración de Jesús y su Agonía en el Huerto de los Olivos;
2. El de su Flagelación;
3. El de su Coronación de espinas;
4. El de la Cruz a cuestas;
5. El de la Crucifixión y Muerte en el Calvario.

64 La tercera parte del Rosario contiene otros cinco misterios, llamados gloriosos, porque en ellos contemplamos a Jesús y María en el triunfo y en la gloria.

1. El de la Resurrección de Jesucristo;
2. El de su Ascensión;
3. El de la Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles;
4. El de la gloriosa Asunción de la Virgen María;
5. El de su Coronación.

Estas son las quince flores olorosas del rosal místico, en las cuales se posan, como abejas diligentes, las almas piadosas para recoger el néctar maravilloso y producir la miel de una sólida devoción.

VIGESIMOSEGUNDA ROSA

El Rosario:

La meditación de sus misterios nos conforma a Jesucristo.

65 La tarea principal del cristiano es caminar hacia la perfección.

Como hijos amadísimos de Dios, esfuércense por imitarlo (Ef 5,1), nos dice el gran Apóstol. Es una obligación contenida en el decreto eterno de nuestra predestinación. Y constituye el único medio ordenado para llegar a la gloria eterna.

San Gregorio de Nisa dice con gracia que somos como pintores: nuestra alma es el lienzo sobre el cual debemos aplicar el pincel; las virtudes son los colores que debe hacer resaltar la belleza del original, que es Jesucristo, imagen viva y representación perfecta del Padre del cielo. Un pintor para hacer un retrato al natural, pone el original ante sus ojos y a cada pincelada vuelve a mirarlo. Del mismo modo, el cristiano debe tener siempre ante los ojos la vida y virtudes de Jesucristo para hacer, decir y pensar solamente lo que sea conforme a ellas.

66 Para ayudarnos en la obra importante de nuestra predestinación, la Santísima Virgen ordenó exponer a los fieles que rezan el Rosario los sagrados misterios de la vida de Jesucristo, no sólo para que adoren y glorifiquen al Señor sino también —y sobre todo— para que regulen su vida y acciones por las virtudes de Jesús.

Ahora bien, así como los niños imitan a sus padres, viéndolos y conversando con ellos, y aprenden su lengua oyéndolos hablar, y como un aprendiz domina su arte al ver trabajar a su maestro, del mismo modo los fieles cofrades del Rosario se hacen semejantes a su divino Maestro, con el auxilio de su gracia y por la intercesión de la Virgen María, al considerar atenta y devotamente las virtudes de Jesucristo en los quince misterios de su vida.

67 Moisés ordenó al pueblo hebreo de parte de Dios mismo que no olvidara jamás los beneficios de que había sido objeto. El Hijo de Dios puede con mayor razón mandarnos que grabemos en nuestro corazón y tengamos incesantemente ante los ojos los misterios de su vida, pasión y gloria, ya que con ellos quiso favorecernos y mostrarnos el exceso de su amor para salvarnos. Todos Uds. que pasan por el camino, miren y observen si hay dolor semejante al que me atormenta por amor suyo (Ver Lam 1,12). Acuérdate de mi pobreza y vida errante, del ajeno y amargor que sufrí por Uds. en mi pasión (Ver Lam 3,19).

Estas palabras, y muchas otras que se podrían recordar, nos convencen sobradamente de la obligación que tenemos de no contentarnos

con rezar vocalmente el Rosario en honor de Jesucristo y de la Santísima Virgen, sino recitarlo meditando sus sacrosantos misterios.

VIGESIMOTERCERA ROSA

El Rosario:

Memorial de la vida y muerte de Jesucristo.

68 Jesucristo, divino Esposo de nuestras almas, nuestro amigo dulcísimo, desea que recordemos sus beneficios y los apreciemos más que todas las cosas. Experimenta una gloria accidental —lo mismo que la Santísima Virgen y los santos del cielo— cuando meditamos con amor y devoción los sacrosantos misterios del Rosario. Que constituyen los más visibles efectos de su amor hacia nosotros y los más ricos presentes que pudo hacernos. Pues, la Santísima Virgen y todos los Santos gozan por ellos de la gloria.

La Beata Angela de Foligno pidió un día al Señor que le indicara con qué ejercicio podía honrarlo más. Él se le apareció en la cruz y le dijo: «Hija mía, ¡contempla mis llagas!» Así aprendió del Salvador amabilísimo que nada le es más agradable que la meditación de sus sufrimientos. Jesús le mostró después las heridas de su cabeza y varias circunstancias de sus tormentos, y le dijo: «He sufrido todo esto por tu salvación, ¿qué puedes hacer que iguale al amor que te tengo?»

69 El santo sacrificio de la Misa honra infinitamente a la Santísima Trinidad, porque representa la pasión de Jesucristo y por él ofrecemos los méritos de su obediencia, sufrimientos y sangre. Toda la corte celestial recibe con la santa Misa una gloria accidental. Varios doctores —entre ellos Santo Tomás— nos dicen, por la misma razón, que el cielo se alegra de la comunión que reciben los fieles, porque el Santísimo Sacramento es un memorial de la pasión y muerte de Jesucristo y mediante él participan los hombres en sus frutos y avanzan en el camino de la salvación.

Ahora bien, el Santo Rosario —recitado con la meditación de los sagrados misterios— es un sacrificio de alabanza a Dios por el beneficio de nuestra redención y un devoto recuerdo de los sufrimientos, muerte y gloria de Jesucristo. Por tanto, es verdad que el Rosario procura una gloria y gozos accidentales a Jesucristo, a la Santísima Virgen y a los demás

bienaventurados porque ellos no desean nada tan importante para nuestra dicha eterna, como vernos ocupados en un ejercicio tan glorioso al Señor y saludable para nosotros.

70 El Evangelio nos asegura que un pecador que se convierte y hace penitencia alegra a todos los ángeles. Si para alegrar a los ángeles basta que un pecador abandone sus pecados y haga penitencia, ¿qué gloria no será para el mismo Jesucristo el vernos meditar devota y amorosamente en este mundo sus humillaciones, tormentos y muerte cruel e ignominiosa?

¿Habrá algo más eficaz para conmovernos y llevarnos a sincera penitencia?

El cristiano que no medita los misterios del Rosario demuestra gran ingratitud hacia Jesucristo y la poca estima que tiene a cuanto sufrió el divino Salvador para redimir al hombre. Su conducta parece decir que desconoce la vida de Jesucristo y que se preocupa poco o nada por conocer lo que Jesús ha hecho y sufrido para salvarnos. Y puede temer que no habiendo conocido a Jesucristo o habiéndolo olvidado sea rechazado el día del juicio con este reproche: *¡En verdad, no te conozco!* (Mt 25,12).

Meditemos, pues, la vida y sufrimientos del Salvador mediante el Santo Rosario. Aprendamos a conocerlo bien y a reconocer sus beneficios, para que Él nos reconozca como hijos y amigos suyos en el día del juicio.

VIGESIMOCUARTA ROSA

El Rosario.

La meditación de sus misterios es un medio eficaz de perfección.

71 Los santos tenían como objeto principal de estudio la vida de Jesucristo, cuyas virtudes y sufrimientos meditaban. Por este medio llegaron a la perfección cristiana. San Bernardo comenzó por este ejercicio y perseveró siempre en él. “Desde el principio de mi conversión —escribe— hice un ramillete de mirra, formado por los dolores de mi Salvador y lo coloqué sobre mi corazón, pensando en los azotes, espinas y clavos de la pasión y aplicándome con toda mi alma a meditar cada día estos misterios”.

Era también este el ejercicio de los santos mártires. Nos admira la forma como triunfaron de los más crueles tormentos. ¿De dónde podría venir aquella admirable constancia de los mártires —añade San Bernardo— sino de las llagas de Jesucristo en las que meditaban frecuentemente? ¿Dónde se hallaba el alma de estos generosos atletas, mientras su sangre corría y sus cuerpos eran triturados por los suplicios? ¡Estaba en las llagas de Jesucristo, y éstas los hacían invencibles!

72 La Madre Santísima del Salvador dedicó toda su vida a meditar las virtudes y sufrimientos de su Hijo. Cuando oyó a los ángeles cantar himnos de alabanza en su nacimiento, cuando vio a los pastores adorarlo en el establo, se llenó de admiración y meditaba en tantas maravillas. Comparaba las grandezas del Verbo encarnado con su profundo abatimiento; las pajas y el pesebre, con su trono y el seno del Padre; el poder de un Dios, con la debilidad de un niño; su sabiduría, con su sencillez.

La Santísima Virgen dijo un día a Santa Brígida: «Cuando contemplaba la belleza, modestia y sabiduría de mi Hijo, me sentía transportada de gozo. Cuando consideraba que sus manos y sus pies habían de ser atravesados con clavos, vertía torrentes de lágrimas y el corazón se me partía de dolor y tristeza».

73 Después de la Ascensión, la Santísima Virgen dedicó el resto de su vida a visitar los lugares que el divino Salvador había santificado con su presencia y tormentos. Meditaba allí sobre el exceso de su caridad y los rigores de su pasión.

Este era también el ejercicio de María Magdalena durante los treinta años que vivió en San Baume²⁷. Dice también San Jerónimo que esa era la devoción de los primeros cristianos. Acudían de todos los países del mundo a Tierra Santa para grabar más profundamente en sus corazones el amor y el recuerdo del Salvador de los hombres, con la vista de los objetos y lugares consagrados por El con su nacimiento, trabajos, sufrimientos y muerte.

²⁷ Se trata de la llamada “Gruta Santana” (Sainte-Baume) en Francia, donde según una tradición llevó vida penitente María Magdalena.

74 Todos los cristianos tienen una sola fe, adoran a un solo Dios, esperan una sola felicidad en el cielo, reconocen un solo Mediador, Jesucristo... Deben todos imitar a este divino modelo y considerar para ello los misterios de su vida, sus virtudes y su gloria.

Es un error imaginar que la meditación de las verdades de la fe y de los misterios de la vida de Jesucristo es sólo para los sacerdotes, religiosos y cuantos se han alejado de los estorbos del mundo. Si los religiosos y eclesiásticos están obligados a meditar las grandes verdades de nuestra sacrosanta religión a fin de responder dignamente a su vocación, los laicos lo están igualmente, a causa de los peligros en medio de los cuales se encuentran diariamente. Deben armarse, por tanto, con el recuerdo frecuente de la vida, virtudes y sufrimientos del Salvador, que los quince misterios del Rosario nos representan.

VIGESIMOQUINTA ROSA

El Rosario:

Tesoros de santificación contenidos en sus oraciones y meditación.

75 ¡Nadie podrá comprender jamás el tesoro de santificación que encierran las oraciones y misterios del Santo Rosario! La meditación de los misterios de la vida y muerte del Señor constituye para cuantos la practican una fuente de los frutos más maravillosos. Hoy se quieren cosas que impacten, conmuevan y produzcan en el alma impresiones profundas. Ahora bien, ¿habrá en el mundo algo más conmovedor que la historia maravillosa del Redentor desplegada en quince cuadros que nos recuerdan las grandes escenas de la vida, muerte y gloria del Salvador del mundo? ¿Hay oraciones más excelentes y sublimes que la oración dominical y la salutación angélica? ¡Ellas encierran cuanto deseamos y podemos necesitar!

76 La meditación de los misterios y oraciones del Rosario es la más fácil de todas las oraciones. Porque la diversidad de las virtudes y estados de Jesucristo —sobre los cuales se reflexiona— recrea y fortifica maravillosamente el espíritu e impide las distracciones. Los sabios encuentran en estas fórmulas la doctrina más profunda y los ignorantes, las

instrucciones más sencillas. Es preciso pasar por esta meditación sencilla antes de elevarse al grado más sublime de contemplación. Tal es la opinión de Santo Tomás de Aquino. Y tal el consejo que nos da, cuando dice que es necesario ejercitarnos de antemano, como en un campo de batalla, en la adquisición de todas las virtudes, de las que son modelos perfectos los misterios del Rosario. Porque ahí —dice el sabio Cayetano— podremos adquirir la íntima unión con Dios, sin la cual la contemplación es solo una ilusión capaz de seducir a las almas.

77 Si los falsos iluminados de nuestro siglo —los quietistas— hubieran seguido este consejo, no hubieran caído tan vergonzosamente ni causado tantos escándalos en cuestiones de devoción. Pretender que se pueden componer oraciones más sublimes que el Padrenuestro y el Avemaría y abandonar estas divinas oraciones que son el sostén, fuerza y salvaguardia del alma es una engañosa ilusión del demonio.

Estoy de acuerdo en que no es necesario recitarlas siempre vocalmente y que la oración mental es, en cierto sentido, más perfecta que la vocal. ¡Pero te aseguro que es peligroso —por no decir perjudicial— abandonar voluntariamente el rezo del Rosario, so pretexto de una unión más íntima con Dios! El alma sutilmente orgullosa, engañada por el demonio meridiano²⁸ hace interiormente cuanto puede²⁹ para elevarse al grado más sublime de la oración de los santos, desprecia y abandona para ello, sus métodos antiguos de orar que juzga buenos sólo para almas ordinarias. Cierra por sí misma el oído a las oraciones, al saludo de un ángel y aun a la oración compuesta, practicada y prescrita por Dios: *Oren así: Padre nuestro...* (Mt 6,9). Y así va cayendo de ilusión en ilusión y de precipicio en precipicio.

78 ¡Créeme, querido cofrade del Rosario! ¿Quieres llegar a altos grados de contemplación sin menoscabo de la oración y sin caer en las ilusiones del demonio —tan frecuentes en personas de oración? Recita, si puedes, todos los días, el Santo Rosario o, por lo menos, la tercera parte de él³⁰. Quizás hayas llegado ya a esos grados, por gracia de Dios. Si quieres

²⁸ Por una exagerada estima de sí misma cree el alma que todo su adelanto espiritual se debe a sus propias fuerzas. ¡Fariseísmo auténtico!

²⁹ Demonio meridiano o del mediodía, según la expresión bíblica (Sal 90,6). Montfort lo identifica con aquel que tienta, vestido de ángel de luz (2 Co 11,14), con motivos espirituales.

³⁰ En nota, transcribe Montfort el siguiente texto de las Revelaciones de Santa Catalina de Siena: Cualquiera —justo o pecador— que acude a Ella con devoto

mantenerte en ellos y crecer en humildad, persevera en fidelidad a la práctica del Santo Rosario.

Porque una persona que recite su Rosario cada día no caerá jamás formalmente en la herejía ni será engañada por el demonio. ¡Con mi sangre rubricaría esta afirmación! Si Dios, no obstante, en su infinita bondad te atrae tan poderosamente en medio del Rosario como a algunos santos, déjate conducir por su atracción, deja a Dios actuar y orar en ti y recitar el Rosario a su manera. Y que esto te baste en ese día.

Pero, si hasta ahora te hayas en la contemplación activa o en la oración ordinaria, de quietud, de presencia de Dios y de afecto, tienes aún menos razón para dejar tu Rosario, ya que —muy lejos de retroceder en la virtud y la oración— el recitarlo, te servirá más bien de ayuda maravillosa y será la verdadera escala de Jacob (Ver Gén 25,12), con quince escalones, por los cuales irás subiendo de virtud en virtud y de luz en luz, hasta llegar fácilmente y sin engaño a la perfección en Jesucristo.

VIGESIMOSEXTA ROSA

El Rosario:

Oración sublime.

79 Evita cuidadosamente el imitar la obstinación de aquella devota de Roma de quien tanto hablan *Las Maravillas del Rosario*. Era persona tan piadosa y ferviente que con su vida santa confundía a los religiosos más austeros de la Iglesia de Dios.

Quiso consultar a Santo Domingo. Se confesó con él. El santo le impuso como penitencia rezar un Rosario y le aconsejó que lo rezara todos los días. Ella se excusó diciendo que tenía todos sus ejercicios ya organizados: cada día ganaba las indulgencias de las estaciones de Roma, llevaba cilicios, tomaba disciplina varias veces por semana y hacía tantos ayunos y mil otras penitencias. El Santo la volvió a exhortar a seguir su consejo. Pero ella se negó a ello y salió del confesionario casi escandalizada por el proceder del nuevo director que quería hacerle aceptar una devoción contraria a su gusto.

Hallándose cierto día en oración y arrebatada en éxtasis, vio su alma obligada a comparecer ante el Juez Supremo. San Miguel colocó en un

respeto no será engañado ni devorado por el demonio infernal.

platillo de la balanza todas sus penitencias y oraciones y en el otro sus pecados e imperfecciones. El platillo de las buenas obras subía y subía sin lograr equilibrar al otro. Alarmada, imploró misericordia. Se dirigió a la Santísima Virgen, abogada suya, quien dejó caer en el platillo de las buenas obras el único Rosario que por penitencia había rezado. Este pesó tanto que equilibró el peso de los pecados y de las buenas obras. La Santísima Virgen la reprendió, al mismo tiempo, por no haber seguido el consejo de su servidor Domingo de rezar el Santo Rosario todos los días. Al volver en sí, corrió a arrojarse a los pies de Santo Domingo. Le contó lo ocurrido, le pidió perdón de su incredulidad, prometió rezar todos los días el Santo Rosario y llegó por este medio a la perfección cristiana y a la gloria eterna.

Alma piadosa, aprende, pues, ¡cuál es la eficacia, el valor y la importancia de la devoción del Santo Rosario y la meditación de sus misterios!

80 ¡Quién más elevada en oración que Santa Magdalena, que era transportada siete veces cada día al cielo por los ángeles y había estado en la escuela de Jesucristo y de su Santísima Madre! Sin embargo, cuando pidió a Dios un medio eficaz para adelantar en su amor y llegar a la más alta perfección, el arcángel San Miguel vino a decirle de parte de Dios que no conocía ninguno distinto que considerar —ante una cruz que colocó a la entrada de su cueva— los misterios dolorosos que ella había contemplado con sus propios ojos.

¡Que el ejemplo de San Francisco de Sales —ese gran director de almas espirituales en su tiempo— te estimule a hacer parte de una cofradía tan santa como la del Rosario! Pues, no obstante ser santo, hizo voto de rezar el Rosario completo todos los días de su vida.

San Carlos Borromeo lo recitaba igualmente todos los días y lo recomendaba con insistencia a sus sacerdotes, a sus seminaristas y a todo su pueblo.

San Pio V, uno de los Papas más eminentes de la Iglesia, rezaba todos los días el Rosario. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, Santa Teresa, San Felipe Neri y muchos otros grandes hombres, que no menciono, se distinguieron por esta devoción. ¡Sigue sus ejemplos! Tus directores quedarán satisfechos y si los informas de los frutos que puedes sacar del rezo del Rosario, se apresurarán a animarte a su recitación.

VIGESIMOSÉPTIMA ROSA

El Rosario:

Sus beneficios

81 Para animarte aún más a abrazar esta devoción de las grandes almas, añado que el Rosario recitado con la meditación de los misterios:

1. nos eleva insensiblemente al perfecto conocimiento de Jesucristo;
2. nos purifica del pecado;
3. nos da la victoria sobre nuestros enemigos;
4. nos facilita la práctica de las virtudes;
5. nos inflama en el amor a Jesucristo;
6. nos enriquece con gracias y méritos;
7. nos proporciona los medios para cancelar a Dios y a los hombres todas nuestras deudas y, finalmente, nos obtiene toda clase de gracias.

82 El conocimiento de Jesucristo es la ciencia de los cristianos y de la salvación. Supera —dice San Pablo (Ver Flp 3,8) a todas las ciencias humanas en precio y excelencia:

1° gracias a la dignidad de su objeto, que es un hombre-Dios, en cuya presencia todo el universo no es más que una gota de rocío o un grano de arena;

2° por su utilidad, ya que las ciencias humanas sólo nos llenan de vanidad y humo de orgullo;

3° por su necesidad, pues no es posible salvarnos, si no conocemos a Jesucristo. El que ignore todas las ciencias se salvará, con tal que esté iluminado por la ciencia de Jesucristo.

¡Dichoso Rosario que nos da la ciencia y conocimiento de Jesucristo, al permitirnos meditar su vida, muerte, pasión y gloria! La reina de Saba, admirada ante la sabiduría de Salomón, exclamó: *¡Felices tus gentes! ¡Felices tus servidores, que están siempre junto a ti y escuchan tus sabias palabras!* (1 Re 10,8). Pero más dichosos son los fieles que meditan

atentamente la vida, virtudes, sufrimientos y gloria del Salvador, porque — gracias a este medio— adquieren la ciencia perfecta en la que consiste la vida eterna (Ver Jn 17.3).

83 La Santísima Virgen reveló al Beato Alano que tan pronto como Santo Domingo empezó a predicar el Rosario, los pecadores empedernidos se convirtieron y lloraron amargamente sus crímenes. Hasta los niños hicieron penitencias increíbles. Donde quiera predicaba el Rosario fue tal el fervor, que los pecadores cambiaron de vida y edificaron al mundo con sus penitencias y enmiendas de vida.

Si sientes la conciencia cargada de pecados, toma el Rosario y medita una parte del mismo en honor de algunos misterios de la vida, pasión o gloria de Jesucristo. Y convéncete de que mientras meditas y honras estos misterios El en el cielo mostrará al Padre sus llagas sacrosantas, intercederá por ti y te alcanzará la contrición y perdón de tus pecados.

El Señor dijo cierto día al Beato Alano: «¡si esos miserables pecadores rezaran frecuentemente mi Rosario, participarían de los misterios de mi pasión y yo, como abogado suyo, aplacaría la justicia divina!»

84 Nuestra vida es de guerra y tentación continuas (Ver Job 7,1). Tenemos que luchar no contra enemigos de carne y sangre, sino contra las mismas potestades infernales (Ver Ef 6,12). ¿Qué mejores armas podemos empuñar para combatirlos que la oración dominical enseñada por nuestro propio capitán y la salutación angélica, que ahuyentó a los demonios, destruyó el pecado y renovó el mundo?

¿Las habrá mejores que la meditación de la vida y pasión de Jesucristo —pensamientos que debemos tener habitualmente presentes como lo ordena San Pedro (Ver 1 Pe 4,1) — para defendernos de los mismos enemigos que Él ha vencido y que nos atacan todos los días?

“Desde que el demonio —dice al Cardenal Hugo— fue vencido por la humildad y pasión de Jesucristo, apenas si se atreve a atacar a una persona que medita estos misterios o, si la ataca, es vencido por ella ignominiosamente: *Vístanse de la armadura de Dios*” (Ef 6,11).

85 ¡Empuña el arma de Dios que es el Santo Rosario! Con ella destrozará la cabeza del demonio y podrás resistir todas las tentaciones. De aquí proviene que aun el rosario material sea tan terrible al diablo y que

los santos se han servido de él para encadenarlo y arrojarlo del cuerpo de los posesos —como atestiguan tantas historias.

86 Cierta hombre —refiere el Beato Alano— había ensayado inútilmente toda suerte de devociones para liberarse del espíritu maligno, que había tomado posesión de él. Resolvió ponerse al cuello la camándula. Y con esto se alivió. Pero cuando se la quitaban, el demonio volvía a atormentarlo cruelmente. Decidió entonces, llevarla al cuello noche y día. Así logró arrojar para siempre al demonio que no podía soportar tan terrible cadena. El Beato Alano atestigua que libró a muchos posesos, poniéndoles al cuello el Rosario.

87 El R. P. Juan Amat, O.P., predicaba la cuaresma en una comarca del reino de Aragón. Cierta día le presentaron una muchacha posesa. Intentó él varias veces exorcizarla, pero inútilmente. Al ponerle al cuello el rosario, ella empezó a gritar y aullar espantosamente, diciendo: “¡Quítenme! ¡Quítenme esos granos que me atormentan!” El sacerdote por compasión con la pobre joven, le quitó del cuello el Rosario.

La noche siguiente, mientras el Padre descansaba en su lecho los mismos demonios que poseían a la muchacha se arrojaron rabiosamente contra él para apoderarse de su persona. Pero, con la camándula que tenía en la mano —no obstante, los esfuerzos que hicieron para quitársela— azotó y echó fuera a los demonios, diciendo: “¡Santa María, Virgen del Rosario, socórreme!”

Cuando, a la mañana siguiente, el sacerdote se dirigía a la iglesia, encontró a la pobre joven aún posesa. Uno de los demonios empezó a gritar burlándose de él: “¡Hermano, si no hubieras tenido tu rosario, ya hubiéramos acabado contigo!” Entonces el Padre arrojó de nuevo el rosario al cuello de la joven, diciendo: “Por los nombres sacratísimos de Jesús y de María, su Madre santísima, y por la virtud del Santísimo Rosario, ¡les conjuro, espíritus malignos, a que salgan inmediatamente de este cuerpo!” Los diablos tuvieron que obedecer y la joven quedó libre.

Estos hechos ponen de relieve cuál es la fuerza del Santo Rosario para vencer toda clase de tentaciones diabólicas y toda suerte de pecados, porque las cuentas benditas del Rosario los ponen en fuga.

VIGESIMOCTOVA ROSA

Saludables efectos que produce el meditar la Pasión.

88 Afirma San Agustín que no hay ejercicio tan fructuoso y útil para la salvación como pensar con frecuencia en los sufrimientos del Señor.

San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás, supo por revelación que el simple recuerdo o la meditación de la pasión de Jesucristo es más meritorio para el cristiano que ayunar durante todo un año a pan y agua todos los viernes o disciplinarse sangrientamente cada semana o rezar el salterio todos los días, ¿Cuál no será, entonces, el mérito del Rosario, que conmemora toda la vida y pasión del Señor?

La Santísima Virgen reveló un día al Beato Alano de la Rupe, que después del Santo Sacrificio de la Misa —primera y más viva memoria de la pasión de Jesucristo— no hay oración más excelente ni meritoria que el Rosario —segunda memoria y representación de la vida y pasión del Señor.

89 El R.P. Dorland refiere que la misma Santísima Virgen dijo cierto día al Venerable Domingo, —cartujo, devoto del Santo Rosario, residente en Tréveris, en el año de 1481: «cuantas veces rezan los fieles el Rosario, en estado de gracia, meditando los misterios de la vida y pasión de Jesucristo, obtienen plena y completa remisión de sus pecados». La Santísima Virgen dijo también al Beato Alano: «Ten por cierto que, aunque ya son muchas las indulgencias concedidas a mi Rosario, yo añadiré muchas más por cada tercera parte de él a quienes lo recen en estado de gracia, de rodillas y devotamente. Y a quienes perseveren en su devoción, en tales condiciones y meditaciones, les obtendré al final de su vida — como recompensa por este servicio— la remisión total de la pena y de la culpa por todos sus pecados. Y que esto no parezca imposible: es fácil para mí pues soy la Madre del Rey del cielo, que me llama *llena de gracia*. Y como tal haré también amplia efusión de ella a mis queridos hijos».

90 Santo Domingo estaba tan convencido de la eficacia y méritos del Santo Rosario que no imponía casi nunca penitencia distinta del rezo

del Rosario a quienes se confesaban con él, como vimos en la historia de la dama romana a quien impulso por penitencia un solo Rosario.

Los confesores deberían también —para seguir el ejemplo de este gran Santo— imponer a sus penitentes la recitación del Rosario con la meditación de los sagrados misterios, en lugar de otras penitencias de menor mérito y no tan agradables a Dios, ni tan eficaces para adelantar en el camino de la virtud e impedir la caída en el pecado. Además, al rezar el Rosario, ganas muchas indulgencias que no están concedidas a otras devociones.

91 “Ciertamente —dice el Abad Blosio— el Rosario, unido a la meditación de la vida y pasión del Señor, resulta agradabilísimo a Jesucristo y a la Santísima Virgen y muy eficaz para obtener cuanto desees. Podemos recitarlo por nosotros mismos, por quienes se han encomendado a nosotros y por la Iglesia.

Recurramos, pues, a la devoción del Santo Rosario en todas nuestras necesidades y obtendremos infaliblemente cuanto pidamos a Dios para nuestra salvación”.

VIGESIMONOVENA ROSA

El Rosario:

Instrumento de salvación.

92 Nada más divino —según San Dionisio— nada más noble ni agradable a Dios que cooperar a la salvación de las almas y a derrumbar los planes que el demonio pone en juego para perderlas. Para ello descendió a la tierra el Hijo de Dios. Que con la fundación de la Iglesia destruyó el dominio de Satanás. Pero el tirano rehízo sus fuerzas y esclavizó con cruel violencia a las gentes mediante la herejía de los albigenses, los odios, disensiones y vicios abominables que durante el siglo XI hizo reinar en el mundo.

¿Cuál sería el remedio para tan graves males? ¿Cómo derribar las fuerzas de Satanás? La Virgen Santísima, protectora de la Iglesia, ofreció la cofradía del Rosario como el medio más eficaz para apaciguar la cólera de su Hijo, extirpar la herejía y reformar las costumbres de los cristianos. Los hechos lo comprobaron: se reavivó la caridad, se volvió a la

frecuencia de los Sacramentos como en los primeros siglos de oro de la Iglesia y se reformaron las costumbres de los cristianos.

93 El Papa León X dice en su Bula³¹ que esta cofradía fue fundada para honrar a Dios y la Santísima Virgen y como un baluarte para contener las desgracias que iban a caer sobre la Iglesia. Gregorio XIII añade que el Rosario fue ofrecido por el cielo como medio para aplacar la cólera divina e implorar la intercesión de la Santísima Virgen.

Julio III afirma que el Rosario fue inspirado para abrírnos más fácilmente el cielo, gracias a la intervención de la Santísima Virgen. Pablo III y San Pío V declaran que el Rosario fue establecido y dado a los creyentes para que pudieran obtener en forma más eficaz la paz y el consuelo espiritual³².

¿Quién podrá, entonces, descuidar el inscribirse en una cofradía instituida con tan nobles fines?

94 El P. Domingo, cartujo, devotísimo del Rosario, vio un día el cielo abierto y toda la corte celestial ordenada admirablemente. Oyó cantar el Rosario con arrobadora melodía, honrando en cada decena un misterio de la vida, pasión o gloria de Jesucristo y de la Santísima Virgen. Y advirtió que cuando los bienaventurados pronunciaban el santo nombre de María, hacían inclinación de cabeza y al nombre de Jesús, una genuflexión (Ver Flp 2,10) y daban gracias a Dios por los grandes beneficios concedidos al cielo y a la tierra mediante el Santo Rosario. Vio igualmente a la Santísima Virgen y a los santos que presentaban a Dios los Rosarios que los cofrades recitaban en la tierra, y que rogaban por cuantos practicaban esta devoción. Vio también innumerables coronas de bellísimas y perfumadas flores preparadas para aquellos que rezan devotamente el Rosario y que cuantas veces lo rezan, hacen una corona con la que serán adornados en el cielo.

La visión de este devoto cartujo armoniza con la visión del discípulo amado, cuando vio una multitud incontable de ángeles y santos que alababan y bendecían a Jesucristo por cuanto hizo y sufrió en el mundo

³¹ Del 4 de octubre de 1520.

³² El mensaje de los Papas, especialmente desde León XIII, y de las apariciones de Fátima nos impelen a reavivar nuestra devoción al Rosario como instrumento de la salvación.

para salvarnos (Ver Apoc 5,9-11). Ahora, ¿no es esto lo que hacen los cofrades del Rosario?

95 No te imagines que el Rosario sea solamente para las mujeres, los niños y los ignorantes. Es también para los hombres, para los más grandes hombres.

Tan pronto como santo Domingo dio cuenta al Papa Inocencio III de la orden recibida del cielo de establecer la cofradía, el santo Padre la aprobó, exhortó a Santo Domingo a predicarla y quiso formar parte de ella. Los mismos cardenales lo abrazaron con gran fervor, de suerte que López no dudó en escribir: “Ningún sexo, edad, ni condición social pudo sustraerse a la oración del Rosario”. Efectivamente en la cofradía se han inscrito toda clase de personas: duques, príncipes, reyes, prelados, cardenales y Soberanos Pontífices. Larga sería su enumeración en este resumen.

Y si tú, lector amado, entras en la cofradía, tendrás parte en su devoción y gracias sobre la tierra y su gloria en el cielo: asociado con ellos en la devoción, lo estarás también en la dignidad.

TRIGÉSIMA ROSA

El Rosario:

Privilegios de la cofradía.

96 Si los privilegios, gracias e indulgencias hacen recomendable a una cofradía, es preciso afirmar que la del Rosario es la más recomendable que tiene la Iglesia. En efecto, es la más favorecida y enriquecida con indulgencias. Desde su fundación, apenas si ha habido un Papa que no haya abierto los tesoros de la iglesia para enriquecerla. Pero, como el ejemplo persuade más que las palabras y los beneficios, los Papas no han podido manifestar mejor la estima que tenían de la cofradía que inscribiéndose en ella. Aquí tienes un resumen de las indulgencias concedidas por los Soberanos Pontífices a la cofradía del Santo Rosario³³.

³³ Tomado de la Constitución Apostólica: “Indulgentiarum Doctrina” (1 de enero de 1967 y del Decreto de la S. Penitenciaría 29 de junio de 1968) para promulgar el Enchiridion de las indulgencias, con las normas actualmente vigentes.

1. Indulgencia plenaria, el día de recepción en la cofradía, con las condiciones ordinarias de confesión y comunión;
2. Indulgencia parcial a todo cofrade que rece el Rosario tres veces por semana, por cada una de las tres veces que lo reza;
3. Indulgencia parcial, cada semana, a todo cofrade que rece el Rosario completo;
4. Indulgencia parcial, por cada Avemaría del Rosario, si el cofrade pronuncia devotamente el nombre de Jesús;
5. Indulgencia parcial, cada vez que el cofrade rece la tercera parte del Rosario;
6. Indulgencia plenaria, con las condiciones ordinarias de confesión y comunión, a todo cofrade que asista a la procesión del Rosario el primer domingo de cada mes, ore por las intenciones del Sumo Pontífice y visite la Iglesia o capilla de la cofradía;
7. Indulgencia plenaria, a todo cofrade que asista a la procesión de la fiesta de la Purificación, Anunciación, Visitación, Asunción, Natividad, Presentación e inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María o en un día de la octava de estas fiestas;
8. Indulgencia plenaria, el primer domingo de cada mes con las condiciones ordinarias de confesión y comunión, a todo cofrade que visite la Iglesia o capilla de la cofradía y ore por las intenciones del Sumo Pontífice.

Nota: Los cofrades enfermos, incapacitados de concurrir a la Iglesia, pueden ganar esta indulgencia —con las condiciones ordinarias de confesión y comunión— si rezan en su casa o donde se hallen— ante una imagen piadosa, la tercera parte del Rosario o los siete salmos penitenciales.

97 9. Indulgencia plenaria, con las condiciones ordinarias de confesión y comunión, a todo cofrade que visite la iglesia o capilla de la cofradía y ore por las intenciones del Sumo Pontífice —para lo cual basta rezar un Padrenuestro, Avemaría y Gloria al Padre... en las siguientes fiestas:

Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección, Ascensión y Pentecostés; Inmaculada Concepción, Natividad, Presentación,

Anunciación, Visitación, Purificación, Asunción y siete Dolores de la Santísima Virgen; El día de todos los Santos; una vez durante la octava de los Fieles Difuntos; dos viernes de cuaresma a elección; el domingo en la octava de la Natividad de la Santísima Virgen y el tercer domingo de abril;

10. Indulgencia plenaria, al cofrade en cualquier día que elija, si asiste por lo menos a diez ejercicios del mes de octubre, con las condiciones ordinarias de confesión, comunión y oración por las intenciones del Sumo Pontífice;

11. Indulgencia plenaria, a todo cofrade que después de haber recibido la unción de los enfermos declare profesar la fe católica, rece la Salve y se encomiende a la Santísima Virgen.

Querido cofrade, si quieres conocer todas las indulgencias concedidas a los cofrades del Santo Rosario, lee el *Sumario de las Indulgencias*. Allí encontrarás los nombres de los Papas que las han concedido, la fecha y otros datos que es imposible consignar en este resumen.

CUARTA DECENA

EXCELENCIA DEL SANTO ROSARIO MANIFESTADA POR LAS MARAVILLAS QUE DIOS HA REALIZADO EN FAVOR SUYO

TRIGESIMOPRIMERA ROSA

Blanca de Castilla y Alfonso VIII.

98 Fue Santo Domingo a visitar a Blanca, reina de Francia que después de doce años de casada no tenía hijos y estaba afligida sobremanera por ello. El Santo le aconsejó que rezara el Rosario todos los días para alcanzar del cielo la gracia de tener descendencia. Ella lo hizo, y su petición fue escuchada en el año de 1.213, en que nació su primogénito a quien llamó Felipe. Pero, antes de que el niño abandonara la cuna, la muerte lo arrebató. La piadosa reina acudió más que nunca a la Santísima Virgen. Hizo distribuir gran cantidad de rosarios en la corte y en varias ciudades del reino para que Dios le concediera una bendición completa. Lo que sucedió, ya que en el año 1.215 vino al mundo San Luis, gloria de Francia y modelo de reyes cristianos.

99 Alfonso VIII, rey de Aragón de Castilla, fue castigado por Dios de diferentes maneras a causa de sus pecados, viéndose obligado a retirarse a una ciudad de uno de sus aliados. El día de Navidad, predicó allí Santo Domingo según su costumbre sobre el Santo Rosario y las gracias que se obtienen de Dios por esta devoción. Dijo entre otras cosas que cuantos lo rezan alcanzan de Dios el triunfo sobre sus enemigos y recobran todo lo perdido. Impactado por estas palabras, hizo el rey llamar a Santo Domingo y le preguntó si era verdad cuanto había dicho acerca del Santo Rosario. El Santo le respondió que no debía abrigar duda alguna y le prometió que, si quería practicar esta devoción e inscribirse en la cofradía, experimentaría sus saludables efectos.

Decidió el rey recitar todos los días el Rosario. Práctica en la que perseveró durante un año, terminado el cual, el mismo día de Navidad, después de recitar él su Rosario, se le apareció la Virgen Santísima y le dijo: «Alfonso, hace un año que me honras recitando devotamente mi Rosario. ¡Quiero recompensarte! He alcanzado de mi Hijo el perdón de tus pecados. Aquí tienes esta camándula. ¡Te la regalo! ¡Llévala siempre contigo y ninguno de tus enemigos podrá hacerte daño!» Y desapareció. El rey quedó muy consolado. Regresó a su casa, llevando en sus manos la camándula. Encontró a la reina y le contó, lleno de gozo, el favor que acababa de recibir de la Santísima Virgen. Le tocó los ojos con la camándula y la reina recobró la vista, que había perdido.

Algún tiempo después, reunió el rey algunas tropas y con la ayuda de sus aliados atacó resueltamente a sus enemigos. Los obligó a devolverle sus tierras y reparar los daños inferidos. Los arrojó totalmente de sus dominios y fue tan afortunado en la guerra, que de todas partes venían soldados a combatir bajo sus banderas, porque las victorias parecían acompañar por todas partes sus batallas. No hay por qué maravillarse de ello, pues no entraba nunca en batalla sin haber rezado antes su Rosario de rodillas. Había hecho inscribir en la cofradía del Santo Rosario a toda su corte y exhortaba a sus oficiales y familiares a ser devotos del mismo. La reina se comprometió también a ello. Y los dos perseveraron en el servicio de la Santísima Virgen, viviendo piadosamente.

TRIGESIMOSEGUNDA ROSA

Don Pérez o Pedro.

100 Tenía Santo Domingo un primo llamado Don Pérez o Don Pedro, que llevaba una vida muy disoluta. Oyó éste que el Santo predicaba las maravillas del Rosario y que muchos se convertían y cambiaban de vida por este medio y se dijo: “Había perdido la esperanza de salvarme. Pero empiezo a recobrar la confianza. ¡Es preciso que acuda a escuchar a este hombre de Dios!” Asistió, pues, un día al sermón del Santo. Quien, al verlo, redobló su ardor en atacar los vicios y rogó a Dios fervorosamente que abriese los ojos de su primo y le hiciera conocer el estado miserable de su alma.

Don Pérez se asustó desde luego, pero no se decidió a convertirse. Volvió, sin embargo, a la predicación del Santo. Cuando éste lo vio,

comprendiendo que este corazón endurecido no se convertiría sino ante un golpe extraordinario, gritó en alta voz: “Señor Jesucristo, ¡haz ver a todo este auditorio el estado en que se halla la persona que acaba de entrar en tu templo!”

Toda la concurrencia vio entonces a Don Pérez rodeado de una multitud de demonios en figura de bestias espantosas, que lo tenían atado con cadenas de hierro. Lleno de espanto huyeron todos desordenadamente, con inmensa confusión de don Pérez, aterrado y avergonzado al verse convertido en objeto de horror para todo el mundo. Santo Domingo hizo que se detuvieran y dijo a Don Pérez: “¡Reconoce, infeliz, el deplorable estado en que te encuentras y arrójate a los pies de la Santísima Virgen! ¡Toma este Rosario! ¡Rézalo con devoción y arrepentimiento de tus pecados y resuélvete a cambiar de vida!”

Don Pérez se puso de rodillas, rezó el Rosario y se sintió impulsado a confesarse. Lo que hizo con gran contrición. El Santo le ordenó rezar todos los días el Rosario. Prometió él hacerlo y se inscribió en la cofradía. Su rostro, que había asustado a todos, parecía tan brillante como el de un ángel, cuando salió de la Iglesia. Perseveró en la devoción del Rosario, llevó una vida ordenada y murió dichosamente.

TRIGESIMOTERCERA ROSA

Un albigense poseso.

101 Mientras Santo Domingo predicaba cerca de Carcasona, le presentaron un albigense poseído del demonio. El Santo lo exorcizó en presencia de una gran muchedumbre. Se cree que estaban presentes más de doce mil personas. Los demonios que poseían a este infeliz fueron obligados a responder, a pesar suyo, a las preguntas del Santo y confesaron:

1. que eran quince mil los que poseían el cuerpo de aquel miserable, porque había atacado los quince misterios del Rosario;
2. que con el Rosario que Santo Domingo predicaba causaba terror y espanto a todo el infierno, y que era el hombre más odiado por ellos a causa de las almas que les arrebatava con la devoción del Rosario;

3. Revelaron, además, muchos otros particulares.

Santo Domingo arrojó su Rosario al cuello del poseso y les preguntó que de todos los santos del cielo a quien temían más y a quién debían amar y honrar más los mortales.

A esta pregunta, los demonios prorrumpieron en alaridos tan espantosos, que la mayor parte de los oyentes cayó en tierra, sobrecogidos de espanto. Los espíritus malignos, para no responder comenzaron a llorar y lamentarse en forma tan lastimera y conmovedora, que muchos de los presentes empezaron también a llorar movidos por natural compasión. Y decían con voz dolorida por boca del poseso:

“¡Domingo! ¡Domingo! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Te prometemos no hacerle daño! Tú que tienes tanta santa compasión de los pecadores y miserables: ¡ten piedad de nosotros! ¡Mira cuánto padecemos! ¿Por qué te complaces en aumentar nuestras penas? ¡Conténtate con las que ya padecemos! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia!”

102 El Santo, sin inmutarse ante las dolientes palabras de los espíritus, les respondió que no dejaría de atormentarlos hasta que hubieran respondido a sus preguntas. Le dijeron los demonios que responderían, pero en secreto y al oído, no ante todo el mundo. Insistió el Santo y les ordenó que hablaran en voz alta. Pero su insistencia fue inútil: los diablos no quisieron decir palabra. Entonces, el Santo se puso de rodillas y elevó a la Santísima Virgen esta plegaria: “¡Oh poderosísima Virgen María! ¡Por virtud de tu salterio y Rosario, ordena a estos enemigos del género humano que respondan a mi pregunta!” Hecha esta oración, salió una llama ardiente de las orejas, nariz y boca del poseso. Los presentes temblaban de espanto, pero ninguno sufrió daño. Los diablos gritaron entonces: “Domingo, te rogamos por la pasión de Jesucristo y los méritos de su Santísima Madre y de todos los santos, que nos permitas salir de este cuerpo sin decir palabra. Los ángeles, cuando tú lo quieras, te lo revelarán ¿Por qué darnos crédito? No nos atormentes más: ¡ten piedad de nosotros!”

“¡Infelices, son indignos de ser oídos!” —respondió Santo Domingo—. Y arrodillándose elevó esta plegaria a la Santísima Virgen: “Madre dignísima de la Sabiduría, te ruego en favor del pueblo aquí presente. ¡Obliga a estos enemigos tuyos a confesar la plena y auténtica verdad al respecto!”

Había apenas terminado esta oración, cuando vio a su lado a la Santísima Virgen, rodeada de multitud de ángeles, que con una varilla de oro en la mano golpeaba al poseso y le decía: “¡Responde a Domingo, mi servidor!” Nótese que nadie veía ni oía a la Santísima Virgen, fuera de Santo Domingo.

103 Entonces los demonios comenzaron a gritar³⁴:

“¡Oh enemiga nuestra! ¡Oh ruina y confusión nuestra! ¿Por qué viniste del cielo a atormentarnos en forma tan cruel? ¿Será preciso que, por ti, ¡oh abogada de los pecadores a quienes sacas del infierno!, ¡oh camino seguro del cielo!, seamos obligados —a pesar nuestro— a confesar delante de todos lo que es causa de nuestra confusión y ruina? ¡Ay de nosotros! ¡Maldición a nuestros príncipes de las tinieblas! “¡Oigan, pues, cristianos! Esta Madre de Cristo es omnipotente y puede impedir que sus siervos caigan en el infierno. Ella, como un sol, disipa las tinieblas de nuestras astutas maquinaciones. Descubre nuestras tentaciones. Nos vemos obligados a confesar que ninguno que persevere en su servicio se condena con nosotros. Un solo suspiro que Ella presente a la Santísima Trinidad vale más que todas las oraciones, votos y deseos de todos los santos. Le tememos más que a todos los bienaventurados juntos y nada podemos contra sus fieles servidores”.

104 “Tengan también en cuenta que muchos cristianos que la invocan al morir y que deberían condenarse, según las leyes ordinarias, se salvan, gracias a su intercesión. ¡Ah! Si esta Marieta —así la llamaban en su furia— no se hubiera opuesto a nuestros designios y esfuerzos, ¡hace tiempo habríamos derribado y destruido a la Iglesia y precipitado en el error y la infidelidad a todas sus jerarquías! Tenemos que añadir, con mayor claridad y precisión —obligados por la violencia que nos hacen— que nadie que persevere en el rezo del Rosario, se condenará. Porque Ella obtiene para sus fieles devotos la verdadera contrición de los pecados, para que los confiesen y alcancen el perdón e indulgencia de ellos”.

Entonces, santo Domingo hizo rezar el Rosario a todos los asistentes, muy lenta y devotamente. Y, a cada Avemaría que recitaban —¡cosa sorprendente!— salían del cuerpo del poseso gran multitud de demonios, en forma de carbones encendidos. Cuando salieron todos los demonios y el

³⁴ En el original el No. 103 contiene el texto latino, cuya traducción hemos distribuido en los Nos. 103 y 104 en esta edición.

hereje quedó completamente liberado, la Santísima Virgen dio su bendición —aunque invisiblemente— a todo el pueblo, que con ello experimentó sensiblemente gran alegría. Este milagro fue causa de la conversión de muchos herejes que llegaron a ingresar en la cofradía del Santo Rosario.

TRIGESIMOCUARTA ROSA

Simón de Montfort — Alano de Lanvallay — Otero.

105 ¿Quién podrá contar las victorias que Simón, conde de Montfort, logró sobre los albigenses, gracias a la protección de Ntra. Sra. del Rosario? Fueron tan famosas, que jamás se ha visto cosa parecida. Con quinientos hombres derrotó, una vez, a un ejército de diez mil herejes. En otra ocasión, con treinta venció a tres mil. En otra, con ochocientos hombres de caballería y mil de infantería, despedazó el ejército del rey Aragón, compuesto de cien mil hombres, perdiendo solamente un soldado de caballería y ocho de infantería.

106 ¡De cuántos peligros libró la Santísima Virgen a Alonso de Lanvallay, caballero bretón que combatía en favor de la fe contra los albigenses! Mientras se hallaba cierto día rodeado de enemigos por todas partes, la Santísima Virgen lanzó contra ellos ciento cincuenta piedras y lo libró de sus manos.

Otro día, en que su nave había naufragado, y estaba ya próximo a sumergirse, esta bondadosa Madre hizo emerger de las aguas ciento cincuenta colinas, por encima de las cuales llegó a Bretaña. El, como memorial de los milagros que en su favor había hecho la Santísima Virgen en recompensa del Rosario que le rezaba cada día, hizo edificar un convento en Dinán para los religiosos de la nueva Orden de Santo Domingo. Después se hizo religioso y murió santamente en Orleans.

107 Igualmente, Otero, soldado bretón de Vaucouleurs, hizo huir muchas veces compañías enteras de herejes y ladrones con su Rosario y espada al brazo. Sus enemigos, después de las derrotas sufridas, le aseguraron que habían visto su espada resplandeciente y, algunas veces, un escudo en su brazo en el cual estaban grabadas las imágenes de Jesucristo,

la Santísima Virgen y los santos, que le hacían invencible y le daban fuerza en la batalla.

Cierta vez, con diez compañías, venció a veinte mil herejes, sin perder uno solo de sus soldados. Hecho que impresionó tanto al general del ejército enemigo, que fue en busca de Otero, abjuró de la herejía y declaró que lo había visto cubierto de armas de fuego durante el combate.

TRIGESIMOQUINTA ROSA

El Cardenal Pedro.

108 Refiere el Beato Alano que un cardenal, de nombre Pedro, del título de Santa María del Tíber, instruido por Santo Domingo —íntimo amigo suyo— en la devoción del Santo Rosario, se interesó tanto por ella que se convirtió en su panegirista y la inculcaba a cuantos podía. Enviado como legado a Tierra Santa, entre los cristianos que combatían a los sarracenos, persuadió tan maravillosamente el ejército cristiano acerca de la eficacia del Rosario, que —practicando todos esta devoción para implorar la ayuda del cielo— en un combate, con sólo tres mil triunfaron sobre cinco mil.

Los demonios —ya lo hemos visto— temen infinitamente al Rosario. Dice San Bernardo que la Salutación angélica los echa fuera y hace temblar a todo el infierno. El Beato Alano asegura haber visto a varias personas que se habían entregado al diablo en cuerpo y alma y habían renunciado al bautismo y a Jesucristo y que, tras abrazar la devoción del Santo Rosario, fueron libradas de su esclavitud a Satanás.

TRIGESIMOSEXTA ROSA

Una mujer de Amberes, liberada de las cadenas del demonio.

109 En el año 1578, una mujer de Amberes se entregó al demonio, firmándole el compromiso con su sangre. Algún tiempo después se arrepintió y, deseando reparar el mal que había hecho, buscó un confesor prudente y caritativo para encontrar el medio de liberarse del poder de Satanás. Encontró un sacerdote sabio y virtuoso que le aconsejó buscar al P. Enrique, religioso del convento de Santo Domingo y director de la

cofradía del Rosario, confesarse con él y pedirle la inscribiera en la cofradía. Fue ella a buscarlo, pero, en lugar del sacerdote, encontró al demonio bajo la forma de un religioso que la reprendió severamente y le dijo que no podía esperar de Dios ninguna gracia ni había medio de revocar lo que había firmado. Esto la afligió profundamente, mas no por ello perdió totalmente la esperanza en la misericordia de Dios y volvió a buscar al sacerdote. Encontró nuevamente al diablo, que la rechazó como en la vez anterior. Pero, repitiendo por tercera vez el intento, permitió el Señor que encontrara al P. Enrique a quien buscaba y que la recibió con caridad y la exhortó a confiar en la misericordia divina y hacer una buena confesión. La recibió en la cofradía y le ordenó que rezara con frecuencia el Santo Rosario. Cierta día, durante la Misa que el P. Enrique celebraba a intenciones de la susodicha mujer, la Santísima Virgen obligó al diablo a devolver el compromiso firmado. Y así quedó ella liberada por la autoridad de María y la devoción del Santo Rosario.

TRIGESIMOSÉPTIMA ROSA

El Rosario transforma un monasterio.

110 Un gentilhomme tenía muchos hijos. Había colocado a una de sus hijas en un monasterio totalmente relajado: las religiosas sólo respiraban vanidad y frivolidad. El confesor, hombre fervoroso y devoto del Santo Rosario, deseando dirigir a esta joven religiosa por los senderos de la santidad, le ordenó rezar todos los días el Rosario en honor de la Santísima Virgen, meditando la vida, pasión y gloria de Jesucristo. Le agradó mucho a ella esta devoción y poco a poco fue detestando la relajación de sus hermanas. Empezó a gustar del silencio y la oración, no obstante, el desprecio y burlas de las religiosas, que interpretaban su fervor como santurronería.

En aquellos días, un santo Abad llegó de visita al monasterio y, mientras oraba, tuvo una extraña visión. Le parecía ver a una religiosa que oraba en su celda ante una Señora de extraordinaria belleza y a quien acompañaban numerosos ángeles. Estos con flechas encendidas, alejaban la multitud de demonios que intentaban entrar en la celda, los espíritus malignos corrían, en forma de animales inmundos, a refugiarse en las celdas de las otras religiosas, excitándolas al pecado, en el cual caían muchas de ellas. Comprendió el Abad por esta visión, el mal espíritu de

aquel monasterio y creyó morir de tristeza. Llamó a la joven religiosa y la exhortó a perseverar. Reflexionando luego sobre la excelencia del Rosario, decidió reformar el monasterio con esta devoción. Adquirió para ello hermosos rosarios, los distribuyó entre las religiosas, aconsejándoles que recitaran el Rosario todos los días y prometiéndoles que, si aceptaban su consejo, no las obligaría a aceptar la reforma. Recibieron complacidas los rosarios y prometieron recitarlo con aquella condición. Y, ¡cosa admirable! Poco a poco dejaron las vanidades, se dedicaron al silencio y al recogimiento y en menos de un año pidieron ellas mismas la reforma.

El Rosario había obrado en sus corazones más de cuanto hubiera podido el Abad con sus exhortaciones y autoridad.

TRIGESIMOCTAVAROSA

Devoción de un Obispo español al Santo Rosario.

111 Una condesa española —instruida por Santo Domingo en la devoción del Rosario— lo rezaba a diario con maravilloso adelanto en la virtud. Nada deseaba tanto como vivir para la perfección. Pidió, a un Obispo y célebre predicador, algunas prácticas de perfección. Él le dijo que antes era necesario le declarase el estado de su alma y sus ejercicios de piedad. Contestó ella que el principal de estos era el Rosario, que rezaba todos los días, meditando los misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos con gran provecho espiritual. El obispo, entusiasmado, al oír explicar las maravillosas enseñanzas contenidas en los misterios, le dijo: “Hace veinte años que soy doctor en teología. He leído acerca de muchas excelentes prácticas de devoción. Pero no he conocido nada más fructífero ni conforme al cristianismo que ésta. Quiero imitarte. ¡Predicaré el Rosario!”

Así lo hizo y con tal éxito que al poco tiempo contempló un favorable cambio de costumbres en toda su Diócesis: muchas conversiones, restituciones y reconciliaciones. Cesaron el libertinaje, el lujo y el juego, y en las familias reflorecieron la paz, la devoción y la caridad. Cambio tanto más admirable cuanto que este Obispo había trabajado esforzadamente para reformar su Diócesis, pero con escasísimo fruto.

Para inculcar mejor la devoción del Santo Rosario, llevaba siempre uno muy bello consigo y lo mostraba a sus oyentes diciendo: “Sepan, hermanos, que el Rosario de la Santísima Virgen es tan excelente que yo —con ser su Obispo, doctor en teología y en ambos derechos— me glorío

de llevarlo siempre conmigo, como el distintivo más glorioso de mi episcopado y doctorado”.

TRIGESIMONOVENA ROSA

Santificación de una parroquia mediante el Rosario.

112 El rector de una parroquia danesa contaba frecuentemente — para mayor gloria de Dios y con gozo de su alma— que había obtenido en su parroquia un resultado análogo al de este Obispo en su Diócesis.

“Había predicado —decía— todas las más atrayentes y provechosas materias, sin ningún resultado. Al no ver cambio alguno en mi parroquia, me resolví a predicar el Rosario, explicando su excelencia y práctica. Y puedo asegurar que después de haber hecho gustar a mi pueblo esta devoción, noté un cambio patente en sólo seis meses. En verdad, esta divina oración tiene especial eficacia para mover los corazones e inspirarles el horror al pecado y el amor a la virtud”.

La Santísima Virgen dijo un día al Beato Alano: «Dios escogió la salutación angélica para la Encarnación de su Palabra y la Redención del ser humano. Del mismo modo, quienes desean reformar las costumbres de la gente y regenerarlas en Jesucristo, deben honrarme y dirigirme el mismo saludo. Yo soy el Camino por el cual vino Dios a los hombres y es preciso que, por mediación mía obtengan de Jesucristo la gracia y las virtudes».

113 En cuanto a mí, que esto escribo, aprendí por experiencia personal la eficacia de esta oración para convertir los corazones más endurecidos. He encontrado personas a quienes no conmovía la predicación de las verdades más tremendas, realizada durante la misión. Por consejo mío adquirieron la costumbre de rezar diariamente el Santo Rosario y así se convirtieron y consagraron totalmente a Dios.

He podido, además, constatar una enorme diferencia de costumbres entre las poblaciones donde di misiones: unas, por haber abandonado la práctica del Rosario, volvieron a caer en las malas costumbres; otros, gracias a haber perseverado en rezarlo, se mantuvieron en gracia de Dios y crecieron día a día en la virtud.

CUADRAGESIMA ROSA

Efectos admirables del Rosario.

114 El Beato Alano de la Rupe, los Padres Juan Dumont y Thomas, las Crónicas del Santo Rosario y otros autores —muchas veces testigos oculares— refieren numerosas conversiones excepcionales de pecadores, a quienes, durante veinte, treinta o cuarenta años pasados en el mayor desorden, nada había podido convertir. No obstante, gracias a la maravillosa plegaria que es el Rosario, alcanzaron la conversión. Por temor a extenderme más de lo justo no las narraré. Tampoco referiré las que yo mismo he visto. Las omito por diversas razones.

Lector amado: si pones en práctica y predicas esta devoción, aprenderás por experiencia propia —mejor que en libro alguno— y comprobarás felizmente el efecto maravilloso de las promesas hechas por la Santísima Virgen a Santo Domingo, al Beato Alano de la Rupe y a cuantos hagan florecer esta devoción que le es tan grata. Devoción que educa a los pueblos en las virtudes de su Hijo y en las suyas propias, los conduce a la oración mental, a la imitación de Jesucristo, a la frecuencia de los Sacramentos, a la sólida práctica de las virtudes y toda clase de buenas obras y a ganar tan valiosas indulgencias que las gentes ignoran porque los predicadores de esta devoción no hablan de ellas casi nunca, contentándose con hacer sobre el Rosario un sermón a la moda, que muchas veces solo causa admiración, pero no instruye.

115 Para abreviar, me contento con decirte, con el Beato Alano, que el Rosario es un manantial y depósito de toda clase de bienes:

1. Procura el perdón a los pecadores;
2. Sacia a las almas sedientas;
3. A los encadenados rompe las cadenas;
4. La alegría devuelve a los que lloran;
5. Tranquilidad ofrece a los tentados;
6. El pobre es socorrido;
7. Reforma los institutos religiosos;
8. Inteligencia da a los ignorantes;

9. Vencen la vanidad los que están vivos;
10. Mediante sus sufragios son aliviados los muertos³⁵.

«Quiero —dijo un día la Santísima Virgen al Beato Alano— que los devotos de mi Rosario obtengan la gracia y bendición de mi Hijo durante su vida, en la hora de la muerte y después de ella. Quiero que se vean libres de todas las esclavitudes y sean reyes verdaderos —con la corona en la cabeza y el cetro en la mano— y alcancen la vida eterna. Amén».

³⁵ El texto latino en forma de acróstico —que tratamos de reproducir violentando la sintaxis castellana— es el siguiente:

1. P Pecatoribus praestat poenitentiam;
2. S Sientibus stillat satietatem;
3. A Alligatis adducit absolutionem;
4. L Lugentibus largitur laetitiam
5. T Tentatis tradit tranquillitatem;
6. E Egenis expellit egestatem;
7. R Religiosis redit reformationem;
8. I Ignorantibus inducit intelligentiam;
9. U Vivis vincit vanitatem;
10. M Mortuis mittit misericordiam per modum suffragii.

QUINTA DECENA

CÓMO REZAR EL ROSARIO

CUADRAGESIMOPRIMERA ROSA

Pureza de alma.

116 El fervor de nuestra plegaria y no precisamente su longitud agrada a Dios y le gana el corazón. Una sola Avemaría bien dicha es más meritoria que ciento cincuenta mal dichas. Casi todos los católicos rezan el Rosario o al menos una tercera parte del mismo o algunas decenas de Avemarías. ¿Por qué, entonces, hay tan pocas personas que se corrigen de sus pecados y adelantan de veras en la virtud? ¡Porque no rezan como se debe!

117 Veamos, pues, cómo se debe rezar el Rosario para agradar a Dios y hacernos santos.

1. Quien reza el Rosario debe hallarse en estado de gracia o estar al menos resuelto a salir del pecado. Efectivamente, la teología nos enseña que las buenas obras y plegarias realizadas en pecado mortal, son obras muertas que no logran agradar a Dios ni merecer la vida eterna. En este sentido dice la Escritura: *No corresponde a los pecadores alabar* (BenS 15,9).

Ni la alabanza ni la salutación angélica, ni la misma oración de Jesucristo pueden agradar a Dios cuando salen de la boca de un pecador impenitente: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí* (Mc 7,6).

Esas personas que ingresan en mis cofradías —dice Jesucristo— que recitan todos los días el Rosario o parte de él, pero sin contrición alguna de sus pecados, me honran con los labios, aunque su corazón está lejos de mí.

He dicho “o estar, al menos, resuelto a salir del pecado”:

1. Porque si fuera necesario estar en gracia de Dios para orar en forma que le agrade, la consecuencia sería que quienes están en pecado mortal no deberían orar —no obstante tener más necesidad de ello que los justos— y, por consiguiente, no debería aconsejarse a un pecador que rece el Rosario o parte del mismo, porque le sería inútil. Lo cual es un error condenado por la Iglesia.

2. Porque, si te inscribes en alguna cofradía de la Santísima Virgen, rezas el Rosario o parte de él u otra oración con voluntad de permanecer en el pecado o sin intención de salir de él, pasarías a ser del número de los falsos devotos de la Santísima Virgen³⁶ y de los devotos presuntuosos e impenitentes que bajo el manto de María, el escapulario sobre el pecho y el Rosario en la mano, van gritando: “Santa y bondadosa Virgen, yo te saludo, oh María!” y entre tanto, crucifican y desgarran cruelmente a Jesucristo con sus pecados y, desde las más santas cofradías de Nuestra Señora, caen lastimosamente en las llamas del infierno³⁷.

118 Aconsejamos el Rosario a todo el mundo:

a los justos, a fin de que perseveren y crezcan en gracia de Dios;

a los pecadores, para que salgan de sus pecados.

Pero no agrada ni puede agradar a Dios el que exhortemos a un pecador a hacer del manto protector de la Santísima Virgen, un manto de condenación para ocultar sus crímenes y cambiar el Rosario —que es remedio de todos los males— en veneno mortal y funesto. ¡La corrupción de lo mejor es la peor!

El sabio Cardenal Hugo afirma: “Es necesario ser ángeles de pureza para acercarse a la Santísima Virgen y rezar la Salutación angélica”.

La Virgen María mostró un día hermosos frutos en una bandeja llena de inmundicias, a un impúdico que recitaba constantemente el Rosario todos los días. Él se quedó horrorizado. La Virgen le explicó: “¡Tú me sirves así! ¡Me presentas bellísimas rosas en un vaso sucio y contaminado! ¡Juzga tú mismo, si me agradarán!”.

³⁶ Ver VD 93-104.

³⁷ Ver VD 98.

CUADRAGESIMOSEGUNDA ROSA

Recitación atenta.

119 Para rezar bien no basta expresar nuestra súplica con la más hermosa de las oraciones, que es el Rosario. Es preciso también hacerlo con gran atención. Porque Dios oye más la oración del corazón que la de los labios. Orar a Dios con distracciones voluntarias sería una irreverencia capaz de hacer infructuosos nuestros rosarios y llenarnos de pecados³⁸. ¿Cómo pretender que Dios nos escuche, cuando no nos oímos a nosotros mismos? ¿Si, mientras suplicamos a tan Augusta Majestad, nos distraemos voluntariamente corriendo tras una mariposa? Esto equivale a alejar de ti la bendición del Señor y arriesgarte a recibir más bien la maldición lanzada por El contra quienes realizan la obra de Dios con negligencia: *Maldito el que ejecuta con flojera el trabajo que Yahvé le ha encomendado* (Jr 48,10).

120 Es verdad que no podrás rezar el Rosario sin padecer algunas distracciones involuntarias. Te será aún difícil recitar un Avemaría sin que la imaginación, siempre inquieta, te robe parte de la atención. Pero, sí te es posible rezar sin distracciones voluntarias. Para disminuirlas y fijar la atención, debes utilizar toda clase de medios. Para ello: colócate en presencia de Dios, pensando en que El y su Santísima Madre te están mirando, que tu ángel de la guarda está a tu derecha recogiendo tus Avemarías bien dichas, como otras tantas rosas para tejer con ellas una corona a Jesús y a María y que, por el contrario, el demonio se halla a tu izquierda y merodea a tu alrededor para devorar tus Avemarías dichas sin atención, devoción ni modestia y anotarlas en su libro de muerte. Sobre todo, no omitas ofrecer cada decena en honor de los misterios. Representate en la imaginación al Señor y su Santísima Madre en el misterio que contemplas.

121 Se lee en la vida del Beato Hermann, premonstratense, que, cuando rezaba el Rosario con devota atención y meditando los misterios, se le aparecía la Santísima Virgen, resplandeciente de luz, hermosura y majestad. Habiéndose enfriado más tarde su devoción, rezaba el Rosario de carrera y sin atención. Se le apareció la Virgen María con el semblante

³⁸ “Si alguien está en ella voluntariamente distraído, es pecado e impide el fruto de la oración” (II-IIae. q.33, A. 13, ad 3).

arrugado, triste y repulsivo. Hermann se sorprendió por semejante cambio. Ella le explicó entonces: «Me presento ante tus ojos, como me hallo en tu alma. Pues me tratas como a persona ruin y despreciable. ¿Qué fue de aquellos tiempos en que me saludabas con respeto y atención y meditabas mis misterios y grandezas?»

CUADRAGESIMOTERCERA ROSA

Combatir enérgicamente las distracciones.

122 Así como no hay oración más meritoria para el alma ni más gloriosa para Jesús y María que el Rosario bien dicho, tampoco hay nada más difícil que rezarlo bien y con perseverante atención.

Esto, principalmente a causa de las distracciones que surgen así naturalmente de la repetición continua de la misma plegaria.

Cuando rezas el Oficio de la Virgen, los siete salmos u oraciones distintas del Rosario, el cambio o diversidad de términos frenan la imaginación y recrean el espíritu. Así es más fácil rezarlos bien. Pero en el Rosario, donde siempre encuentras los mismos Padrenuestros y Avemarías hilvanados en la misma forma, es fácil que te canses, te adormiles y lo abandones para irte en pos de oraciones más deleitosas y menos molestas. De suerte que necesitas más devoción para perseverar en el rezo del Santo Rosario que en el de cualquier otra plegaria, aunque sea el salterio de David.

123 La imaginación, siempre inquieta y que no se queda tranquila un solo instante, aumenta la dificultad. Otro tanto hará la malicia del demonio, incansable en su labor de distraernos e impedirnos orar. ¿Qué no moverá contra nosotros el maligno al vernos aplicados a rezar el Rosario en contra suya? Antes de iniciar nuestra oración, acrecienta la apatía y negligencia naturales. Durante la oración, aumenta el hastío, las distracciones y el decaimiento. Y cuando hemos terminado de orar, entre mil trabajos y distracciones, nos deprime de diversas maneras y se burla de nosotros diciéndonos: “No has hecho nada que valga la pena. Tu Rosario no vale nada. Pierdes el tiempo recitando tantas oraciones vocales sin atención. Media hora de meditación o una buena lectura te aprovecharían mucho más. Mañana, cuando estés menos adormilado, podrás orar con

mayor atención. ¡Deja, pues, para mañana el resto de tu Rosario!” En esta forma, el diablo con sus artimañas consigue que abandones el Rosario en todo o en parte, lo cambies por otra oración o lo difieras.

124 ¡No le des crédito, querido cofrade del Rosario! ¡No pierdas el ánimo! Pues, aunque durante todo el rosario, tu imaginación haya estado llena de distracciones e ideas extravagantes siempre que hayas procurado desecharlas lo mejor posible tan pronto como te das cuenta de ellas, tu Rosario será mucho mejor. Porque es más difícil. Y es tanto más meritorio, cuanto más difícil, cuanto menos agradable te resulte naturalmente el verte acosado por infinidad de fastidiosos mosquitos y hormigas que, corriendo por una y otra parte en la imaginación, pero a pesar tuyo, no permiten el espíritu saborear lo que dice ni descansar, tranquilamente.

125 Si es preciso que pases todo el Rosario combatiendo contra las distracciones, lucha valerosamente con las armas en la mano. Es decir, sigue rezándolo, aunque sin gusto ni consuelo sensible. Será una lucha terrible, pero muy saludable al alma fiel. Pero si rindes las armas, es decir, si dejas el Rosario, sales vencido y, en lo sucesivo, el demonio triunfador sobre tu fuerza de voluntad, te dejará en paz, pero en el día del juicio te reprochará tu pusilanimidad e infidelidad. *El que se mostró digno de confianza en cosas sin importancia será digno de confianza también en las importantes* (Lc 16, 10). Quien es fiel en rechazar las pequeñas distracciones durante una breve plegaria lo será igualmente en las grandes empresas. Nada más cierto: ¡son palabras de Espíritu Santo.!

¡Animo, pues, servidor bueno y fiel de Jesucristo y de la Santísima Virgen, que has tomado la resolución de rezar el Rosario todos los días! Que la multitud de moscas —llamo así a las distracciones que importunan mientras rezas— no logren jamás hacerte abandonar cobardemente la compañía de Jesús y de María, en la que te hayas al rezar el Rosario. Más adelante te presentaré los medios para disminuir las distracciones.

CUADRAGESIMOCUARTA ROSA

Cómo rezar el Rosario.

126 Para recitar bien el Rosario, después de invocar al Espíritu Santo, ponte un momento en presencia de Dios y ofrece las decenas como te enseñaré más adelante.

Antes de empezar cada decena, detente un momento más o menos largo, —según el tiempo de que dispongas— a considerar el misterio que vas a contemplar en dicha decena. Y pide por ese misterio y por intercesión de la Santísima Virgen una de las virtudes que más sobresalgan en él o que más necesites.

Pon atención particular en evitar los dos defectos más comunes que cometen quienes rezan el Rosario.

El primero es el no formular ninguna intención antes de comenzar. De modo que si les preguntas por qué lo rezan, no saben qué responder. Ten, pues, siempre ante la vista una gracia a pedir, una virtud que imitar o un pecado a evitar; el segundo defecto, en que se cae al rezar el Rosario, es no tener otra intención que la de acabarlo pronto. Procede este defecto de considerar el Rosario como algo oneroso y tremendamente pesado hasta haberlo terminado, sobre todo, si te has obligado a rezarlo en conciencia o te lo han impuesto como penitencia y como a pesar tuyo.

127 Da tristeza ver cómo recita el Rosario la mayoría de las gentes: con precipitación increíble, comiéndose las palabras... No osarías cumplimentar así al último de los hombres... ¿Crees acaso que Jesús y María se sentirán con ello muy honrados? Después de esto ¿por qué asombrarte de que las plegarias más santas de la religión cristiana queden casi sin fruto alguno y de que, después de rezar mil y diez mil Rosarios, no seas más santo?

Detén, querido cofrade del Rosario, tu natural precipitación al rezarlo. Haz algunas pausas en medio del Padrenuestro y del Avemaría, como las señalo aquí:

Padre nuestro, que estás en el cielo † santificado sea tu nombre † venga tu reino † hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo †.

Danos hoy nuestro pan de cada día † perdona nuestras ofensas † como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden † no nos dejes caer en la tentación † y líbranos de mal. Amén †.

Dios te salve María llena eres de gracia † el Señor es contigo † bendita tú eres entre todas las mujeres † y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. †

Santa María, Madre de Dios, † ruega por nosotros, pecadores, † ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén †.

A causa de la mala costumbre que tienes de rezar precipitadamente, te costará al principio hacer estas pausas. Pero, una decena recitada pausadamente será más meritoria que mil Rosarios rezados a la carrera, sin reflexionar ni hacer las pausas.

128 El Beato Alano de la Rupe y otros autores —entre ellos Belarmino— refieren que un buen sacerdote aconsejó a tres hermanas penitentes suyas, que rezaran diaria y devotamente el Rosario durante un año, sin faltar a él un solo día, para tejer un hermoso vestido a la Santísima Virgen. Era —les dijo— un secreto recibido del cielo.

Lo hicieron así las tres hermanas. Al año siguiente, el día de la Purificación, ya atardecido y habiéndose ellas retirado, entró en su apartamento la Santísima Virgen. Venía acompañada de Santa Catalina y Santa Inés, engalanada con un traje resplandeciente de luz, sobre el cual se leía —escrito por todas partes en letras de oro—: *¡Ave María, gratia plena!*

La Reina del cielo se acercó al lecho de la hermana mayor y le dijo: «Te saludo, ¡hija mía! ¡Tú me has saludado frecuentemente y muy bien! ¡Vengo a darte las gracias por el hermoso vestido que me hiciste!» Las dos santas vírgenes que la acompañaban también le dieron las gracias. Después desaparecieron las tres.

Una hora más tarde, volvió la Santísima Virgen con sus dos compañeras a la habitación, vestida con un traje, sin oro ni resplandor. Se acercó al lecho de la segunda hermana y le dio las gracias por el traje que le había confeccionado rezando el Rosario. Como ella había visto a la Santísima Virgen aparecerse a su hermana mayor mucho más resplandeciente, le preguntó el motivo de la diferencia. «¡Tu hermana —respondió María— me tejió vestidos mejores, rezándome el Rosario mejor que tú!».

Aproximadamente una hora más tarde, se apareció por tercera vez la Santísima Virgen a la más joven de las hermanas. Venía vestida con un harapo sucio y roto y le dijo: «¡Hija mía, así me has vestido! ¡Gracias!».

La joven, cubierta de confusión, exclamó: “Ah, ¡Señora mía! Perdón por haberte vestido tan mal. ¡Dame tiempo suficiente para hacerte un traje hermoso, rezando mejor el Rosario!” Cuando desapareció la visión, contó la afligida joven al confesor cuanto le había ocurrido. Este la animó a ella

y a sus hermanas a rezar el Rosario durante el año siguiente con mayor perfección que nunca. Lo hicieron así. Y, al cabo del año —siempre en el día de la Purificación— al atardecer, se les apareció la Santísima Virgen, vestida con hermosísimo traje y acompañada de Santa Catalina y Santa Inés, que llevaban coronas, y les dijo: «¡Hijas mías, estad seguras, del reino de los cielos! ¡Mañana entraréis en él con gran alegría!» A lo cual respondieron ellas: “¡Preparado está nuestro corazón, amadísima Señora, preparado está nuestro corazón!” (Ver Sal 56,8;107,2). Y la visión desapareció.

Aquella misma noche, se sintieron enfermas, llamaron al confesor, recibieron los sacramentos de los enfermos y dieron gracias al director por la santa práctica que les había enseñado.

Después de Completas³⁹, la Santísima Virgen se les apareció una vez más, acompañada de gran número de vírgenes. Hizo revestir con túnicas blancas a las tres hermanas, que murieron mientras los ángeles cantaban: “Venid, esposas de Cristo. ¡Recibid las coronas que os están preparadas desde la eternidad!” (Ver Mt 25,10.34).

Esta leyenda te enseña diversas verdades:

1. lo importante que es tener buenos directores, que inspiren santas prácticas de piedad y especialmente el Santo Rosario.
2. lo importante que es rezar el Santo Rosario con atención y devoción;
3. lo benigna y misericordiosa que es la Santísima Virgen con los que se arrepienten de su pasado y proponen enmendarse;
4. lo generosa que es Ella en recompensar durante la vida, en la hora de la muerte y la eternidad los pequeños servicios que le ofrecemos con fidelidad.

CUADRAGESIMOQUINTA ROSA

Hay que rezar el Rosario con modestia.

129 Permíteme añadir que hay que rezar el Rosario con modestia, es decir, —en cuanto posible— de rodillas, con las manos juntas y la camándula entre ellas. Sin embargo, en caso de enfermedad, puedes

³⁹ Oración de la noche, última del Oficio Divino.

rezarlo en el lecho. De viaje, puedes rezarlo caminando. Si la enfermedad te impide arrodillarte, puedes rezarlo sentado o de pies. Puedes rezarlo también, mientras trabajas, si no te es posible dejar el trabajo por impedírtelo las obligaciones profesionales, dado que el trabajo manual no obstaculiza a la oración vocal.

Ciertamente que nuestra alma, por ser limitada en la acción, estará menos atenta a las operaciones del espíritu, tales como la oración, cuando lo está al trabajo de las manos. Sin embargo, en caso de necesidad, una oración así tiene también su valor ante la Santísima Virgen, que recompensa más la buena voluntad que la acción exterior.

130 Te aconsejo dividir el Rosario en tres partes y recitarlo en tres tiempos diferentes del día. Es preferible esto a rezarlo todo de una vez. Si no te alcanza el tiempo para recitar de seguido toda una tercera parte, recita una decena acá y otra allá. Así habrás rezado tu Rosario entero antes de irte a acostar, a pesar de tus obligaciones y negocios⁴⁰.

Imita en esto la fidelidad de San Francisco de Sales. Hallándose, cierta noche, muy cansado a causa de las visitas que había tenido que hacer durante el día y siendo ya casi las doce de la noche, se acordó de que le faltaban aún algunas decenas por rezar. Se puso inmediatamente de rodillas y las rezó antes de acostarse, no obstante, las recomendaciones de su capellán, que —viéndolo tan fatigado— le incitaba para que aplazara hasta el día siguiente lo que faltaba por rezar.

Imita igualmente la fidelidad, modestia y devoción de aquel santo religioso, que —según refieren las Crónicas de San Francisco y he referido ya⁴¹ acostumbraba rezar un Rosario con mucha devoción y modestia, antes de comer.

CUADRAGESIMOSEXTA ROSA

Rezar el Rosario en comunidad.

⁴⁰ Efectivamente, la iglesia permite separar las decenas con tal que al menos la tercera parte del Rosario ser rece en el mismo día.

⁴¹ Ver antes, No.25.

131 Entre tantos métodos como existen de rezar el Rosario, el más glorioso para Dios, saludable para el alma y terrible para el demonio es el de salmodiarlo o rezarlo públicamente a dos coros.

Dios se complace en las asambleas. Todos los ángeles y santos congregados en el cielo le alaban incesantemente. Los justos de la tierra reunidos en varias comunidades le imploran en comunidad día y noche. El Señor aconsejó expresamente esta práctica a sus apóstoles y discípulos y les prometió que, cuantas veces se reunieran dos o tres en su nombre, Él se encontraría en medio de ellos (Ver Mt 18,20) para rogar en su nombre y rezar la misma oración. ¡Qué alegría tener a Jesús en nuestra compañía! ¡Y pensar que para poseerlo basta solamente reunirse a rezar el Rosario! Es la razón por la cual los primeros cristianos se reunían tantas veces para orar juntos, a pesar de las persecuciones de los emperadores que les prohibían reunirse. Preferían exponerse a la muerte antes que faltar a sus asambleas, en las que tenían la certeza de que Jesús les hacía compañía.

132 La oración en común es la más saludable al alma:

1. porque de ordinario la mente está más atenta durante la oración pública que durante la privada;

2. porque, cuando se ora en comunidad, la oración de cada persona se convierte en la de toda la asamblea y todas juntas sólo forman una oración. De suerte que, si algún particular no reza tan bien, otro que lo hace mejor suple su falta. El fuerte sostiene al débil, y el fervoroso enardece al tibio, el rico enriquece al pobre y el malvado se integra a los buenos. ¿Cómo vender un kilo de cizaña? ¡Basta mezclarla con cuatro o cinco de trigo bueno! ¡Y todo se vende!;

3. porque una persona que reza sola el Rosario tiene el mérito de un solo Rosario, pero si lo reza con treinta personas, adquiere el mérito de treinta rosarios. Tales son las leyes de la oración pública. ¡Qué ganancia! ¡Qué ventaja!

4. Urbano VIII —muy satisfecho de la devoción del Santo Rosario que se recitaba a dos coros en muchos lugares de Roma, especialmente en el convento de la Minerva— concedió cien días de indulgencia cuantas veces se rece a dos coros: *toties quoties*⁴². Así

⁴² Breve «Ad perpetuam rei memoriam» de 1626.

que todas las veces que se reza el Rosario en comunidad se ganan cien días de indulgencia;

5. porque, la oración pública es más eficaz que la individual para apaciguar la ira de Dios y obtener su misericordia.

La Iglesia —dirigida por el Espíritu Santo— se sirvió de esta forma de oración en los tiempos de flagelos y calamidades públicas. El Papa Gregorio XIII declara en una bula que es preciso creer piadosamente que las oraciones públicas y las procesiones de los cofrades habían contribuido poderosamente a obtener de Dios la gran victoria de los cristianos sobre el ejército de los turcos en el golfo de Lepanto el primer domingo de octubre de 1571.

133 Luis, el Justo —de feliz memoria— mientras tenía sitiada a la Rochelle —donde los herejes revolucionarios tenían sus fortalezas— escribía a la reina-madre para pedir que se hicieran oraciones públicas por la prosperidad de su ejército. La reina resolvió organizar el rezo público del Rosario en la iglesia de los Hermanos Predicadores del Barrio de San Honorato de París. El Señor Arzobispo cumplió solícitamente esta disposición y la piadosa práctica comenzó el 20 de mayo de 1628. Estuvieron presentes la reina madre y la reina-regente, el duque de Orleans, los Exmos. Señores Cardenales de la Rochefoucault y de Bérulle, muchos Obispos, toda la corte y multitud incontable de gentes. El Señor Arzobispo leía en alta voz las meditaciones sobre los misterios del Rosario, proseguía con la recitación del Padrenuestro y del Avemaría de cada decena. Los religiosos y demás asistentes respondían.

Después del Rosario, llevaron en procesión la estatua de la Santísima Virgen, cantando sus letanías, y la ceremonia se repitió todos los sábados, con admirable fervor y la bendición evidente del cielo, ya que el rey triunfó sobre los ingleses en la isla de Re y entró victorioso en la Rochelle el día de todos los Santos del mismo año. Esto demuestra la eficacia de la oración pública.

134 Por último, el Rosario rezado en comunidad es mucho más terrible contra el demonio, pues se conforma un ejército entero para atacarlo. En ocasiones triunfa fácilmente sobre la oración particular. Pero, si ésta se une a la de los demás, sólo con dificultad logrará sus propósitos. Es fácil romper una varita. Pero, si la unes a otras y formas un haz, no

podrás romperlo: la unión hace la fuerza⁴³. Los soldados se unen en batallón para derrotar al enemigo. Los malvados se unen con frecuencia para sus orgías y danzas. Los mismos demonios se unen para perdernos. ¿Por qué no han de reunirse los cristianos para gozar de la compañía de Jesucristo, aplacar la ira divina, alcanzar la gracia y misericordia del Señor y vencer y abatir más eficazmente a los demonios?

Amado cofrade del Rosario: vivas en la ciudad o en el campo, cerca de la iglesia parroquial o de una capilla, vete a ella —al menos todas las tardes— y —con permiso del rector de la iglesia y en compañía de cuantos lo deseen— reza el Rosario a dos coros. Haz otro tanto en tu casa o en la de cualquier particular, si no tienes la posibilidad de ir a la iglesia o a la capilla⁴⁴.

135 Esta es una santa práctica que Dios, en su misericordia, ha establecido en los lugares donde he dado misiones, para conservar y acrecentar el fruto de las mismas e impedir el pecado. Antes de establecer el Rosario, en tales pueblos y aldeas, sólo se veían bailes, inmodestias, disoluciones, querellas y divisiones y sólo se oían canciones deshonestas y palabras de doble sentido.

Ahora, sólo se escuchan allí los cánticos y la salmodia del Padrenuestro y del Avemaría. Y sólo se ven grupos de veinte, treinta, cien y más personas, que cantan —como religiosos— alabanzas al Señor a horas determinadas. Hay también lugares en los cuales se reza diariamente el Rosario en comunidad en tres momentos diferentes del día ¡Qué bendición del cielo!

Pero, como en todas partes hay réprobos, no te extrañes de encontrar en los lugares donde vives gentes perversas que desdeñarán venir al Rosario, ridiculizarán y aún harán cuanto puedan —con sus malignas insinuaciones y ejemplos— para impedir que continúes en tan santo ejercicio. Pero ¡no cedas! ¡No te extrañes de su proceder! ¡Un día, estos infelices se hallarán para siempre separados de Dios, excluidos del paraíso, así como ahora se apartan de la compañía de Jesucristo y de sus servidores!

⁴³ Vis unita fit fortior.

⁴⁴ ¿No será posible revivir la hermosa costumbre de rezar el Rosario en familia? ¿Sentirnos hijos de Dios, dialogando con el Padre, por Jesucristo, en el Espíritu, bajo la dulce mirada y sonrisa de la Madre? Para animarnos más todavía al rezo del Rosario en familia, la Iglesia ha enriquecido su práctica con dos indulgencias plenarias.

CUADRAGESIMOSÉPTIMA ROSA

Rezar el Rosario todos los días con fe, humildad y confianza.

136 ¡Apártate de los malvados, pueblo de Dios, asamblea de predestinados! (Ver BenS 7,2 y Ap 18,4). Para escapar de ellos y salvarte —en medio de cuantos se condenan por su impiedad, ociosidad y falta de devoción— decídate sin pérdida de tiempo a rezar con frecuencia el Santo Rosario con fe, humildad, confianza y perseverancia.

En primer lugar si piensas con seriedad en el mandato que nos dio Jesucristo de orar siempre y reflexionas en su ejemplo, en la urgente necesidad que tenemos de la oración, a causa de nuestras tinieblas, ignorancia y debilidad y de la multitud de enemigos que nos persiguen, no te contentarás con rezar el Rosario una vez al año —como lo exige la cofradía del Rosario Perpetuo— ni una vez a la semana —como lo prescribe la del Rosario Ordinario—, sino que lo recitarás puntualmente todos los días —como lo pide la del Rosario Cotidiano—, aunque no tengas otra obligación que la de salvarte⁴⁵. Jesús les propuso un ejemplo sobre *la necesidad de orar siempre, sin desanimarse* (Lc 18,1).

137 Estas son palabras eternas de Jesucristo, que es preciso creer y practicar, si no quieres condenarte. Explícalas como quieras. Pero no a la moda, para que no las vivas a la moda. Jesucristo nos dio la verdadera explicación con su ejemplo: *Les he dado ejemplo, para que Uds., hagan lo mismo que yo...* (Jn 13,15). *Pasó la noche en oración con Dios* (Lc 6,12b). Como si no le bastara el día, dedicaba también la noche a la oración. Repetía con frecuencia a sus apóstoles estas palabras: *Estén despiertos y orando* (Mt 26,41). El ser humano es débil. La tentación, próxima y continua. Y si no oras siempre, caerás en ella. Los apóstoles creyeron que el Señor sólo les daba un consejo, interpretaron erróneamente sus palabras y cayeron en la tentación y en el pecado a pesar de tener a Jesús en su compañía.

138 Estimado cofrade, no es necesario orar tanto ni rezar tantos rosarios, si quieres vivir a la moda y condenarte a la moda, es decir, cayendo de tiempo en tiempo en el pecado mortal para luego confesarte,

⁴⁵ En otras palabras, no es absolutamente necesario rezar el Rosario para salvarse. Pero, lo cierto es que ayuda.

evitando los pecados groseros y escandalosos y salvando las apariencias. Una corta oración por la mañana y por la tarde, uno que otro Rosario impuesto por penitencia, unas decenas de Avemarías a la carrera y cuando te venga en gana... te bastarán para aparecer ante el mundo como buen cristiano. Si haces menos, te acercas al libertinaje y si haces más, te aproximas a la singularidad y a la santurronería⁴⁶.

139 Pero es necesario que ores siempre, como lo enseñó Jesucristo, si —como cristiano auténtico— quieres de verdad salvarte y caminar tras las huellas de los santos, evitando caer en todo pecado mortal, rompiendo todas las cadenas y apagando todos los dardos encendidos de Satanás. Debes, al menos, rezar diariamente el Rosario u otras oraciones equivalentes.

Digo “al menos”, porque con el Rosario cotidiano alcanzarás cuanto es necesario para evitar el pecado mortal, vencer todas las tentaciones, en medio de los torrentes de iniquidad del mundo que arrastran con frecuencia a quienes se creen más seguros, en medio de los espíritus malignos más habilidosos que nunca y que sabiendo que les queda poco tiempo para tentar, lo hacen con mayor astucia y éxito. ¡Qué maravilla de la gracia del Santo Rosario! ¡Poder escapar del mundo, del demonio y de la carne y salvarte para el cielo!

140 Si no quieres aceptar lo que te digo, da crédito por lo menos a tu propia experiencia. Respóndeme: ¿eras, acaso, capaz de evitar ciertos pecados graves que sólo tu ceguera te hacía ver como insignificantes, cuando te contentabas con esas cortas oraciones hechas como las hace el cristiano mediocre? ¡Abre, pues, los ojos! Ora y ora siempre, si quieres vivir y morir como santo; sin pecado mortal, por lo menos. Reza todos los días, como hacían los cofrades del Rosario cuando se estableció la cofradía. Más adelante encontrarás la prueba de cuanto te digo.

La Santísima Virgen al dar el Rosario a Santo Domingo, le ordenó rezarlo y hacerlo rezar todos los días. El Santo, por su parte, no recibía en la cofradía a nadie que no tuviera la firme resolución de rezarlo diariamente.

Si ahora no se exige en la cofradía del Rosario Ordinario sino la recitación de un Rosario semanal, ello obedece a que se ha apagado el

⁴⁶ ¡Aguda observación de la realidad o fina ironía, que pinta actitudes siempre renovadas! Ver VD 186-200.

fervor y enfriado la caridad. ¿Qué más se puede pedir a quienes rezan como a pesar suyo? *Pero al principio no fue de esa manera* (Mt 19,8).

141 Es preciso, además, tener en cuenta tres advertencias: La primera, que, si deseas inscribirte en la cofradía del Rosario Cotidiano y participar en las oraciones y méritos de quienes ya están en ella, no basta con que te inscribas en la cofradía del Rosario Ordinario, ni que tomes simplemente la resolución de rezar el Rosario todos los días. Tienes que dar tu nombre a quienes han sido autorizados para inscribirte en ella. Será conveniente que te confieses y comulgues en esta circunstancia.

La razón de esta advertencia es que el Rosario Ordinario no incluye el Cotidiano, aunque este sí, al Ordinario.

La segunda, que absolutamente hablando, no hay pecado ni siquiera venial, si omites el rezo de Rosario Cotidiano, Semanal o Anual.

La tercera, que cuando la enfermedad, obediencia legítima, necesidad u olvido involuntario te impiden rezar el Rosario, no pierdes el mérito ni la participación en los rosarios de los demás cofrades. Y, por tanto, no es necesario —en absoluto— que al día siguiente reces dos Rosarios para suplir al que faltaste sin culpa tuya, según suponemos. Pero, si la enfermedad te permite rezar una parte del Rosario, debes rezarla.

Felices tus servidores, que están siempre junto a ti (1 Re 10,8).
Felices los que habitan en tu casa, te alaban sin cesar (Sal 83,5).

¡Dichosos, Señor Jesús, los cofrades del Rosario Cotidiano, que permanecen todos los días en torno a ti y en tu casita de Nazaret, al pie de tu cruz y de tu reino en los cielos, dedicados a contemplar tus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos! ¡Qué felices en la tierra, a causa de las gracias que les comunicas! Y ¡qué dichosos en el cielo, donde te alabarán de manera especialísima por los siglos de los siglos!

142 En *segundo lugar*, hay que recitar el Rosario con fe, conforme a las palabras de Jesucristo: *Todo lo que pidan en la oración, crean que ya lo recibieron...* (Mc 11,24). Cree que recibirás de Dios cuanto le pidas y Él te escuchará y te responderá: *Que te suceda como creíste* (Mt 8,13). *Si a alguno de Uds. le falta la sabiduría, pídale a Dios. Pero pídale con fe* (Sant 1,5-6), recitando el Rosario y le será concedida.

143 En *tercer lugar*, hay que orar con humildad, como el publicano, que estaba de rodillas en tierra y no con una rodilla en el aire o sobre un banco, como hacen los orgullosos. Se quedó a la entrada sin atreverse a llegar hasta el fondo del santuario, como el fariseo. Tenía los ojos clavados en el suelo, sin atreverse a levantarlos al cielo. Sin levantar la cabeza ni mirando acá y allá, como el fariseo. Golpeándose el pecho, confesándose pecador e implorando perdón: *Ten piedad de mí que soy un pecador* (Lc 18,13). Y no, como el fariseo que se vanagloriaba de sus buenas obras y despreciaba a los demás. Evita la orgullosa oración del fariseo que volvió a su casa más endurecido y maldito. Imita más bien la humildad del publicano en su oración que le obtuvo el perdón de los pecados.

Evita correr en busca de lo extraordinario y pedir o siquiera desear conocimientos excepcionales, visiones, revelaciones y gracias extraordinarias que Dios comunica a veces a algunos santos, durante la recitación del Rosario. *La fe sola es suficiente* (Ver Heb 10,38; Gál 3,11), ahora que el Evangelio y todas las devociones y prácticas de piedad se hallan suficientemente establecidas.

No omitas nunca la menor parte del Rosario en las sequedades, desalientos y decaimientos interiores. Sería señal de orgullo e infidelidad. Como valiente campeón de Jesús y María, recita el Padrenuestro y el Avemaría en medio de la aridez, aunque sin ver, sentir ni gustar, esforzándote cuanto puedas por contemplar los misterios.

No suspires por los bombones y golosinas de los niños para comer tu pan de cada día. Para imitar más perfectamente a Jesús agonizante, prolonga la recitación de tu Rosario, precisamente cuanto más te cueste el rezarlo: *En medio de su gran sufrimiento, Jesús oraba más intensamente* (Lc 22,43). Así podrá aplicarse a tu caso, lo que se ha dicho de Jesucristo, quien cuando estaba en la agonía, oraba más largamente.

144 *En cuarto lugar*, ora con total confianza. Con una confianza fundada en la bondad y generosidad infinitas de Dios y en las promesas de Jesucristo. Dios es fuente de agua viva que corre incesantemente en el corazón de los que oran. Jesús es como el pecho del Padre Eterno, *lleno de gracia y de verdad* (Ver Jn 1,14. 16). Ahora bien, el mayor deseo del Padre respecto de nosotros es comunicarnos las aguas saludables de su gracia y misericordia. Y nos grita: *Todos los que tengan sed, vengan a beber agua*

(Is 55,1), en la oración. Y si no oras, se queja de que le abandonas: *Me han abandonado a mí, que soy manantial de aguas vivas...* (Jr 2,13).

Pedir gracias a Jesucristo es causarle placer, un placer mayor que el que procura a las madres naturales dar a sus hijos el néctar de sus pechos. La oración es el canal de la gracia de Dios y a modo de pecho maternal de Jesucristo. Si no acudes a Él con la plegaria —como deben hacerlo todos los hijos de Dios— Jesucristo se queja amorosamente: *Hasta ahora no han pedido nada: pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen a la puerta y les abrirán* (Mt 7,7; Jn 16,24). Más aún, para animarnos a pedirle con mayor confianza, llega a empeñar su palabra de que el Eterno Padre nos concederá cuanto le pidamos en su Nombre (Ver Jn 15,23).

CUADRAGESIMOCTAVA ROSA

Perseverar en la devoción del Rosario.

145 A la confianza debes unir, *en quinto lugar*, la perseverancia en la oración. Sólo quien persevera en pedir, buscar y llamar, recibirá, encontrará y entrará. No obstante pedir a Dios una gracia durante un mes, un año, diez o veinte: no debes cansarte, sino pedir hasta la muerte y estar resuelto a obtener lo que pides al Señor para la salvación o a morir. Más aún, es preciso unir la muerte con la perseverancia en la oración y la confianza en Dios y repetir con Job: *No importa que me quite la vida* (Job 13,15): seguiré esperando en El y de El cuanto le pido.

146 La generosidad de los ricos y grandes de este mundo se muestra en que se anticipan a favorecer a los necesitados, aun sin esperar que les pidan ayuda. Dios, por el contrario, manifiesta su magnificencia en hacer pedir y buscar por largo tiempo las gracias que nos quiere conceder. Más aún, cuanto más preciosa es la gracia que desea otorgar más se demora en concederla:

1. A fin de poder aumentarla;
2. A fin de que quien la recibe la aprecie más;
3. A fin de que quien la recibe ponga cuidado en no perderla. Pues no se estima mucho lo que en un momento y con poco esfuerzo se ha conseguido.

Persevera, pues, querido cofrade del Rosario, en pedir a Dios, mediante el Santo Rosario, todas las gracias espirituales y corporales que necesitas, especialmente la divina Sabiduría, que es un tesoro infinito (Sab 7,14). Tarde o temprano, la obtendrás infaliblemente, con tal que no abandones el Rosario ni te desanimes a medio camino (Ver 1 Cor 9,24-27). *Te queda aún largo camino* (1 Re 19,17). Sí, aún te queda mucho por andar, muchas adversidades por atravesar, muchas dificultades por superar, muchos enemigos por vencer. Te faltan muchos Padrenuestros y Avemarías para alcanzar el paraíso y ganar la hermosísima corona que espera a todo fiel cofrade del Rosario.

No sea que alguien te arrebatte el premio (Apoc 3,11). Pon mucho cuidado en que otro más fiel que tú en rezar bien y diariamente el Rosario, no te arrebatte la corona. Esa que constituye tu premio. Dios te la había preparado y la tenías casi ganada con los rosarios bien rezados. Pero por haberte detenido en el hermoso camino por el que avanzabas tan de prisa —*Habías empezado bien la carrera* (Gal 5,7)— otro pasó adelante; sí, otro más diligente y fiel adquirió y ganó con sus rosarios y buenas obras lo que necesitaba para comprar esa corona. *¿Quién, pues, te cortó el camino* (Gal 5,7), hacia la conquista de tu corona? ¡Ah! ¡Los enemigos del Santo Rosario que son muchos!

147 ¡Créeme! Sólo alcanzarán esa corona los valerosos que la arrebatan por la fuerza (ver Mt 11,12). Tales coronas no son para los cobardes, que temen las burlas y amenazas del mundo. Ni para los perezosos y holgazanes, que rezan el Rosario con negligencia, a la carrera, por rutina o a intervalos y según su capricho. Ni para los cobardes que se descorazonan y rinden las armas tan pronto ven a todo el infierno desencadenado contra su Rosario.

Si quieres, amado cofrade del Rosario, matricularte al servicio de Jesús y María rezando el Rosario todos los días, prepárate para la tentación: *Hijo mío, si te decides a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba* (Bens 2,1). ¡No te hagas ilusiones! Los herejes, los libertinos, las “gentes de bien” según el mundo, los semidevotos y falsos profetas, en sintonía con tu naturaleza corrompida y los poderes infernales, te harán una guerra sin cuartel para obligarte a abandonar esta práctica.

148 Para prevenirte contra los ataques, no digo de herejes y libertinos declarados, sino de las llamadas “personas de bien” según el

mundo, y aun de las personas piadosas que no gustan de esta práctica, voy a describirte con sencillez algo de lo que piensan y dicen todos los días

—¿Qué querrá decir este charlatán? (Hech 17,18). ¡Vamos, persigamos al justo que nos molesta y que se opone a nuestra forma de actuar! (Sab 2,12) ¿Que querrá decir este rezandero? ¿Qué estará rumiando a toda hora? ¡Tamaña holgazanería! No hace sino ensartar Rosarios: ¡mucho mejor haría, si trabajara y no se perdiera en semejante santurronería!

— ¡Claro que sí! ¡Basta rezar el Rosario y las alondras caerán asadas del cielo! ¡El Rosario nos va a servir la comida!

—Dios ha dicho; ¡Ayúdate, que yo te ayudaré! ¿A qué complicarse la vida con tantas oraciones? ¡La oración corta penetra los cielos! ¡Un Padrenuestro y un Avemaría bien dichos son más que suficientes! Dios no nos ha impuesto el Rosario. Que es cosa buena y hasta óptima cuando se tiene tiempo. ¡Pero, por no rezarlo, no careceremos de la oportunidad de salvarnos! ¡Cuántos santos no lo rezaron!

—Hay gentes que juzgan a todo el mundo según su propia medida. ¡Indiscretos que lo llevan todo al extremo! ¡Escrupulosos que encuentran pecado donde no lo hay y dicen que quienes no rezan el Rosario se condenarán!

— ¿Rezar el Rosario? ¡Eso es bueno para mujercillas ignorantes que no saben ni leer! ¡Rezar el Rosario! ¿No sería mejor rezar el Oficio de Nuestra Señora o los siete salmos? ¿Hay acaso algo más hermoso que estos salmos dictados por el mismo Espíritu Santo?

— ¿Con que te propones rezar el Rosario todos los días? ¡Bah! ¡Humo de paja que poco dura! ¿No sería mejor emprender menos cosas y ser más fieles a ellas?

—Vamos, amigo, ¡créeme! ¡Reza bien tus oraciones de la mañana y de la noche y trabaja por Dios durante el día! ¿Qué más te pide Dios? Si no tuvieras que ganarte la vida, bien pudieras dedicarte a rezar el Rosario, pero... ¡Rézalo, entonces, los domingos y días de fiesta en que nada tienes que hacer, pero no en los días de trabajo! ¡Hay que trabajar! —¿Cómo? ¿Llevar un Rosario tan grande, como de mujeres? ¡Yo los he visto de una sola decena que valen tanto como los de quince!

— ¡Qué! ¡Llevar el Rosario a la cintura! ¡Qué tontería! ¡Te aconsejo ponértelo al cuello, como hacen los españoles! ¡Esos sí son grandes rezanderos de Rosarios! ¡Llevan uno grande en una mano! ¡Pero, en la otra un puñal para atacar por traición!

— ¡Deja, deja esas devociones exteriores! ¡Que la verdadera devoción está en el corazón!, etc.

149 Muchas personas de talento y grandes doctores —gentes orgullosas y pagadas de sí mismas— casi nunca te aconsejarán el Rosario. Te invitarán más bien a recitar los siete salmos u otras oraciones, pero el Rosario no. Si un buen confesor te impone un Rosario como penitencia durante quince días o un mes, basta que te confieses con algunos de estos “señores” para que te cambie la penitencia en otras oraciones, ayunos, misas o limosnas.

Y, aun si llegas a consultar a ciertas personas de oración —de esas que hay en el mundo— dado que no reconocen por experiencia personal las excelencias del Rosario, no sólo no lo aconsejarán a nadie, sino que alejarán de él a los demás invitándoles para que se dediquen a la contemplación, como si el Rosario y la contemplación fueran incompatibles y como si tantos santos, que han sido devotos del Rosario, no hubieran llegado a la más sublime contemplación.

Por otra parte, tus enemigos domésticos te atacarán con mayor crueldad cuanto más unido estás con ellos. Estos enemigos son las potencias del alma y los sentidos del cuerpo, las distracciones de la mente, el cansancio de la voluntad, las arideces del corazón, los abatimientos y enfermedades corporales... Todos juntos, de común acuerdo con los espíritus malignos que se confabularán con ellos, te gritarán: “¡Deja tu Rosario! ¡Él es la causa de ese dolor de cabeza! ¡Deja tu Rosario! ¡No hay obligación de rezarlo bajo pena de pecado! Conténtate, al menos con rezar una sola parte. Tus aflicciones son señal de que Dios no quiere que lo reces. Ya lo rezarás mañana, cuando te sientas mejor”, etc.

150 Por último, el Rosario Cotidiano tiene tantos enemigos que me parece uno de los favores más señalados de Dios el poder perseverar en la práctica de esta devoción hasta la muerte.

Persevera y alcanzarás la corona admirable, preparada en el cielo a tu fidelidad: *Permanece fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida* (Ap 2,10).

CUADRAGESIMONOVENA ROSA

Explicación sobre las indulgencias.

151 A fin de que al rezar el Rosario ganes las indulgencias concedidas a los cofrades, conviene hacer algunas observaciones acerca de ellas. Indulgencia, en general, es la remisión total o parcial de la pena temporal debida por los pecados actuales ya perdonados. Esta remisión es posible, gracias a la aplicación de las satisfacciones superabundantes de Jesucristo, la Santísima Virgen y los santos, contenidas en el llamado tesoro de la Iglesia.

Indulgencia plenaria es la remisión de todas las penas debidas por el pecado. La parcial —por ejemplo, de tantos días o años— es la remisión de tanta pena temporal cuanta se hubiera podido expiar durante igual número de días o años, haciendo proporcionalmente las penitencias fijadas por los antiguos cánones de la Iglesia. Ahora bien, tales cánones ordenaban para un solo pecado mortal siete y, algunas veces, hasta diez o quince años de penitencia. De suerte que quien había cometido veinte pecados mortales hubiera debido hacer —por lo menos— siete veces veinte años de penitencia y así sucesivamente. Esto, en teoría. En concreto, estaban previstas otras disposiciones.

152 Para que los cofrades del Rosario ganen las indulgencias es preciso:

1. Que estén verdaderamente arrepentidos y confesados y hayan comulgado, como prescriben las Bulas sobre las indulgencias;
2. Que no conserven el menor afecto a ningún pecado venial, si se trata de una indulgencia plenaria. Porque, si subsiste el afecto al pecado, subsiste también la culpa y subsistiendo esta, no se perdona la pena;
3. Que reciten las oraciones y cumplan las buenas obras señaladas por las Bulas.

Cuando, según la intención de los Papas, se puede ganar una indulgencia parcial, vgr. de cien años, sin ganar la plenaria, no siempre es necesario —para ganar la parcial— haber confesado y comulgado. Es lo

que sucede con las indulgencias otorgadas al rezo del Santo Rosario, a las procesiones, a los rosarios benditos, etc. No desprecies estas indulgencias.

153 Flammin y gran número de autores refieren que una distinguida doncella, de nombre Alejandra —convertida milagrosamente e inscrita en la cofradía del Rosario por Santo Domingo— se apareció al Santo después de muerta para comunicarle que estaba condenada a setecientos años de purgatorio a causa de los pecados que había cometido o hecho cometer a otros con sus vanidades mundanas. Le rogó que la aliviara e hiciera aliviar con las oraciones de los cofrades del Rosario. El Santo lo hizo y, quince días después, Alejandra se le apareció de nuevo, más resplandeciente que un sol. En tan corto tiempo había sido librada de la pena, gracias a las oraciones de los cofrades del Rosario hechas en favor suyo. Hizo también saber a Santo Domingo que venía de parte de las almas del purgatorio a exhortarle a continuar predicando el Rosario y hacer que los parientes de ellas les hicieran partícipes de sus oraciones. Por lo cual ellas les recompensarían abundantemente cuando llegaran a la gloria.

154 A fin de facilitarte el ejercicio del Santo Rosario, quiero ahora ofrecerte varios métodos para rezarlo santamente, con la meditación de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de Jesús y María. Adopta el que más te agrade. Tú mismo puedes componer otros, como han hecho muchas personas santas⁴⁷.

⁴⁷ El manuscrito no presenta, como sería de esperar, la Rosa 50 ¿La constituyen los *métodos del Rosario* que vienen en seguida? En el manuscrito del *Secreto Admirable del Santísimo Rosario* aparecen dos. Consultando las obras del Santo Misionero, hallamos uno más, destinado a las Hijas de la Sabiduría y otros dos, en su *Cuaderno de Notas*.